

*DIARIO DE ACONTECIMIENTOS REFERENTES A ESPAÑA
DURANTE LOS MESES DE OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1976*

1 octubre.—ENTREVISTA OREJA-KISSINGER.—Escortado hasta la puerta del Departamento de Estado por su anfitrión, Henry Kissinger, el ministro de Asuntos Exteriores español, Marcelino Oreja, abandonó en Washington el Departamento de Estado para volver a Nueva York después de una entrevista a solas de una hora y diez minutos y un almuerzo de trabajo con su colega norteamericano y después de constituir el Consejo Hispano-Norteamericano derivado del Tratado bilateral entre los dos países.

Aunque el ministro Marcelino Oreja señaló que no podía comentar sobre los temas tratados, globalmente manifestó que había explicado a un Kissinger «muy interesado» la situación en España. Dijo también que su diálogo era una continuación del que había comenzado ya Kissinger con los ministros del anterior Gabinete español. Oreja dijo que hablaron también de los grandes temas de política exterior y que Kissinger le informó sobre su reciente viaje africano y sobre las gestiones Este-Oeste en marcha.

Anteriormente el ministro de Asuntos Exteriores se había reunido en la OEA con el presidente del Consejo de la Organización de Estados Americanos, Ortiz de Bergara, y con el secretario general de la Organización, Orfila, reafirmando en la OEA la intención de reforzar los lazos de España con los países de su estirpe, y subrayó que este año, el 12 de octubre, el Rey de España estará en tierras americanas.

Con motivo de la visita del ministro Oreja al Departamento de Estado se emitió un comunicado por parte española, aunque aparentemente se trata de un comunicado bilateral, en el que se señala que el Consejo Hispano-Norteamericano, establecido en virtud del Tratado de Amistad y Cooperación el 21 de septiembre, ha sido formalmente constituido el 1 de octubre de 1976 en un acto presidido conjuntamente por el secretario de Estado, Henry Kissinger, y el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja. Asistieron también el general George Brown, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor norteamericano, y el teniente general Fernández Vallespín, jefe del Alto Estado Mayor español; el embajador Wells Stabler, embajador de los Estados Unidos en España; el embajador Jaime Alba, el embajador Juan José Rovira y el director general de Política Exterior para América del Norte, Juan Durán Lóriga; todos ellos, representantes españoles en el Consejo.

El comunicado dice que el Consejo tiene la misión de cuidar el cumplimiento del Tratado de Amistad y Cooperación. Por ello en la reunión de hoy tomó nota y aprobó los planes para la pronta constitución de sus dis-

tintos órganos, manifestando su esperanza en que tales órganos empiecen a actuar prontamente y con eficacia en el cumplimiento de los objetivos del Tratado.

Durante su primera reunión, el Consejo pasó revista a la situación mundial en la actualidad, «que reafirma valores del Tratado en el presente momento internacional y su importante contribución a la comunidad occidental». El Consejo, refiriéndose a la cooperación defensiva, «subrayó—dice el comunicado—la obligación de ambos Gobiernos, de acuerdo con el Tratado, de desarrollar planes adecuados y coordinar sus respectivas Fuerzas Armadas para acrecentar su propia seguridad, así como la del mundo occidental».

Reafirmó igualmente «la importancia de la coordinación con el sistema defensivo de la OTAN» y tomó nota de los preparativos para el establecimiento del «Estado Mayor combinado para coordinación y planeamiento» en Madrid, establecido en el Tratado.

Asimismo solicitó del Comité Militar conjunto que, con la colaboración del Estado Mayor combinado, tan pronto como éste quede constituido, se establezca un programa de trabajo que sería aprobado en la próxima reunión.

El Consejo aprobó también en esta su primera sesión los planes «para una rápida convocatoria de los Comités conjuntos para materias educativas y culturales y cooperación tecnológica y científica».

También tomó nota «con satisfacción» de las discusiones preliminares mantenidas para el desarrollo de programas conjuntos en cuestiones de energía solar e investigaciones relacionadas con ella. El comunicado reafirma que en todos estos temas se busca contribuir a una más estrecha relación y colaboración europea y atlántica. Por último, el Consejo, que debe reunirse por lo menos dos veces al año, declara que celebrará su próxima reunión cuando la convoquen sus presidentes.

2 octubre.—REGRESO DEL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES.—«Tengo la satisfacción de manifestar que viene en la valija diplomática, en el mismo avión en que he llegado a Madrid, toda la documentación sobre el asunto Lockheed, que nos ha sido facilitado por el Departamento de Justicia, y que fue entregada el viernes a las tres de la tarde en la Embajada española», manifestó el ministro español de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, a su llegada al aeropuerto de Barajas.

El señor Oreja, que fue recibido a su llegada por el subsecretario del Departamento, Miguel Solano Aza, ha permanecido una semana en Estados Unidos, donde asistió a la Asamblea General de las Naciones Unidas y firmó el pacto internacional de derechos económicos, sociales y culturales, además del acta de constitución del Consejo Hispano-Americano, previsto en el Tratado entre Estados Unidos y España.

Sobre el pacto internacional de los derechos humanos, un informador preguntó al ministro por qué no se ha firmado el protocolo del citado pacto que autoriza la inspección a las Naciones Unidas, a lo que el señor Oreja Aguirre contestó textualmente: «Lo que se ha firmado ha sido el primer paso de los derechos humanos de 1966, y en cuando a esa cláusula facultativa, que no es estrictamente una intervención de las Naciones Unidas, sino que es la facultad que se reconoce a los particulares para acudir a

la Comisión de Derechos Humanos, será, en un segundo momento, tema que se podrá plantear después de la ratificación por parte de las Cortes Españolas de los dos pactos de derechos humanos que acaban de ser firmados.»

En relación con la entrevista que mantuvo el viernes con su colega norteamericano, señor Kissinger, el ministro español dijo que «hemos tratado temas bilaterales sobre las perspectivas de la política internacional, comentamos las posiciones de los distintos Gobiernos en la Asamblea General de las Naciones Unidas, constituimos el Consejo Hispano-Americano, que fue realmente el motivo principal de mi visita el viernes a Washington, y, entre otros temas, hablamos también de la situación política en España, sobre la que pude dar información al secretario de Estado, y que le interesó vivamente».

Sobre las conversaciones mantenidas con sus colegas de otros países asistentes a la Asamblea General de la ONU, señaló que había tenido ocasión de entrevistarse con muchos de ellos, ya que la citada Asamblea presta la oportunidad de intercambiar puntos de vista. «He expuesto—añadió—la posición de España en el momento actual, el desarrollo político que está llevando a cabo nuestro Gobierno y la posición internacional de España.»

Se detuvo especialmente el señor Oreja Aguirre en sus contactos con los cancilleres hispanoamericanos, por los que comprobó el extraordinario interés que ha despertado en esos países la visita que próximamente realizarán a América Sus Majestades los Reyes de España, y subrayó que, de manera especial, los ministros de Asuntos Exteriores de Colombia y Venezuela, países que van a visitar los Reyes, están vivamente complacidos de esta presencia.

Finalmente, el señor Oreja Aguirre, preguntado en cuanto a su opinión sobre el momento político actual de España, dijo que se sentía optimista «porque es voluntad del Gobierno y de la sociedad de España devolver al pueblo su soberanía».

Más tarde, según informó Cifra, el ministro de Asuntos Exteriores se trasladó al Palacio de la Zarzuela, donde fue recibido por Su Majestad el Rey.

10 octubre.—LOS REYES DE ESPAÑA, EN SANTO DOMINGO.—A las dos menos cuarto de la tarde iniciaron los Reyes de España su segundo viaje oficial al continente americano, a bordo del avión especial DC8-63 *El Españolito*, de la Compañía Iberia.

Cuarenta y cinco minutos antes los Monarcas habían aterrizado en el aeropuerto de Barajas en un helicóptero que procedía del Palacio de la Zarzuela. Fueron recibidos al pie del aparato por el presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez; por el presidente del Consejo del Reino y de Regencia y de las Cortes Españolas, don Torcuato Fernández-Miranda; por el ministro del Aire, don Carlos Franco Iribarnegaray, y otras personalidades.

Tras estrechar las manos de estas personalidades, que les esperaban junto al helicóptero, saludaron inmediatamente después a los vicepresidentes del Gobierno para la Defensa y para la presidencia y miembros del Gabinete. También saludaron a Sus Majestades al decano del Cuerpo Diplomático, nuncio de Su Santidad, a los presidentes de altos organismos de la nación, a los duques de Cádiz, embajadores de los países hispanoamericanos, primeras autoridades madrileñas y otras numerosas personalidades que habían acudido al aeropuerto para tributarles una cariñosa despedida.

Los Reyes de España escucharon luego, desde un podio, el Himno nacional interpretado por la Banda de la XI Escuadrilla del Ejército del Aire, que rindió a los soberanos los honores de ordenanza.

A continuación el Rey, acompañado por el ministro del Aire, revistó las tropas y se dirigió con la Reina, el ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja Aguirre, y demás personalidades que integran su séquito de este viaje, a la escalerilla del avión, donde fue despedido por los presidentes del Gobierno y de las Cortes.

El numeroso público que acudió a Barajas para despedir a los Reyes tributó constantes muestras de afecto a los soberanos durante el tiempo que permanecieron en la pista, junto a la terminal del aeropuerto.

Cuando el avión que conducía a los Reyes a tierras americanas atravesó el espacio aéreo portugués, Su Majestad el Rey envió al presidente de la República el siguiente mensaje:

«Al sobrevolar territorio de Portugal, en nuestro viaje a América, envío a vuestra excelencia, en nombre de la Reina y en el mío propio, nuestro más cordial saludo y hago los mejores votos por vuestra ventura personal y por la prosperidad del noble pueblo portugués. Juan Carlos.»

Un inmenso gentío se había congregado en el aeropuerto de Las Américas, en Santo Domingo, esperando la llegada del avión que traía a tierras americanas a los Reyes de España, en su nueva gira por el continente americano, que tendrá como punto culminante la celebración del Día de la Hispanidad en Cartagena de Indias, Colombia.

Ante la escalerilla del avión les aguardaba el presidente dominicano, Joaquín Balaguer; el vicepresidente, Carlos Rafael Goico Morales, y el Gobierno en pleno, así como también el embajador español, Javier Oyarzun, y una nutrida representación de la colonia española en Santo Domingo.

El presidente Balaguer ofreció una cena íntima en honor de los Reyes de España. A esta cena, celebrada en el comedor del Palacio Nacional, asistieron 16 comensales.

Con los Reyes de España y su anfitrión se sentaron a la mesa el vicepresidente, Goico Morales, y esposa; el ministro español de Asuntos Exteriores, don Marcelino Oreja Aguirre, y señora; los marqueses de Mondéjar y el embajador español en el país, don Francisco Javier Oyarzun, y señora; el teniente coronel Heredia, ayudante de la Casa Real; el canciller dominicano, don Ramón Emilio Jiménez Reyes, y su esposa; el secretario administrativo de la Presidencia, doctor José A. Quezada, y el secretario de las Fuerzas Armadas, general Juan René Bauchamps Javier.

En la catedral primada de América, Santa María la Menor, fue celebrada una misa tédum en honor de los monarcas españoles, Don Juan Carlos I y su esposa, Doña Sofía.

Los Reyes de España estuvieron acompañados en la catedral por el presidente, doctor Joaquín Balaguer; el vicepresidente, Carlos Rafael Goico Morales; el ministro de Asuntos Exteriores de España, Marcelino Oreja; el ministro de Relaciones Exteriores dominicano, Ramón Emilio Jiménez Reyes, y miembros del Gobierno dominicano, y el embajador de España en el país, señor Oyarzun.

La misa fue oficiada por el cardenal dominicano Octavio Antonio Beras, asistido por el obispo Juan Félix Pepen, y se encontraban presentes altas autoridades eclesiásticas españolas y otros numerosos fieles.

Los Reyes de España y autoridades dominicanas y españolas llegaron a la catedral bajo un fuerte aguacero.

La avenida de España y el puente que lleva el nombre de Juan Carlos I fueron inaugurados por los monarcas españoles.

El Rey Don Juan Carlos cortó la cinta simbólica para dejar inaugurada la avenida de España y luego descubrió la lápida del puente que lleva su nombre.

La guardia presidencial rindió honores militares a los monarcas españoles a su llegada, interpretando los himnos de España y de la República Dominicana. Un batallón mixto de las Fuerzas Armadas disparó una salva de 21 cañonazos.

Luego fueron leídos discursos por el síndico de Santo Domingo, Juan Rafael Estrellas Rojas, y el ministro de Asuntos Exteriores de España, Marcelino Oreja.

11 octubre. — LOS REYES DE ESPAÑA, EN COLOMBIA. — Los Reyes de España, Don Juan Carlos y su esposa, la Reina Doña Sofía, salieron rumbo a Colombia. El presidente, Joaquín Balaguer, encabezó la Delegación dominicana que los despidió en el aeropuerto de Las Américas.

El presidente Balaguer acompañó, en su automóvil presidencial, al Rey Don Juan Carlos hasta el aeropuerto; la Reina Doña Sofía viajaba en otro automóvil acompañada por la esposa del vicepresidente, doña Beatriz de Goico Morales.

En la pista se les rindieron los honores de rigor por un batallón mixto de las Fuerzas Armadas. La banda de música de la Brigada del Ejército nacional tocó los himnos de España y la República Dominicana y simultáneamente se disparó una salva de 21 cañonazos.

Los Monarcas Don Juan Carlos y Doña Sofía se despidieron del presidente Balaguer, produciéndose un abrazo efusivo entre los dos Jefes de Estado.

La Delegación que fue a despedir a los Reyes de España y su séquito estaba encabezada por el presidente Balaguer; el vicepresidente, Carlos Rafael Goico Morales, y su esposa; el canciller, comodoro Ramón Emilio Jiménez Reyes y esposa; el embajador de España en el país, señor Francisco Javier Oyarzun y esposa, así como miembros del Gabinete y altos jefes de las Fuerzas Armadas.

Los Monarcas españoles partieron de Santo Domingo a Colombia.

LOS REYES, EN COLOMBIA.—A las catorce veinte, hora local, los Reyes de España pisaron el continente sudamericano cuando *El Españolito* se posó en el aeropuerto de Barranquilla. Es la primera vez que un Rey de España pisa tierra firme en el continente que hasta hace menos de dos siglos formaba parte de la colonia española.

El mal tiempo en la zona hizo que la llegada de Don Juan Carlos y Doña Sofía sufriera un retraso de cincuenta minutos.

La portezuela principal del avión se abrió diez minutos después de que aterrizara. Personal del protocolo de la Presidencia de la República de Co-

lombia, con el embajador de España en Bogotá, Fernando Olivie, subieron al avión y saludaron a los Monarcas. Numerosos aplausos siguieron a la aparición del Rey, que saludó desde la escalerilla del avión, en medio de un caluroso entusiasmo de cerca de 5.000 personas congregadas en las terrazas y en los alrededores del aeropuerto. Unos seiscientos súbditos españoles residentes en Barranquilla dieron la bienvenida a los Reyes agitando banderines con los colores españoles.

Blanca de Castro, gobernadora del Departamento del Atlántico, estaba al frente del comité oficial de recepción colombiano.

El Rey, nada más descender del avión, saludó a los súbditos españoles que habían ido a esperarle. La Reina Doña Sofía correspondía igualmente a los testimonios de cariño de los españoles allí congregados.

Un anciano de Valencia residente en Colombia desde hace treinta y siete años se acercó al Rey. «Estoy muy feliz—dijo Don Juan Carlos—; estoy emocionado de estar en Colombia. Les agradezco este recibimiento.»

Desde el aeropuerto de Barranquilla, Don Juan Carlos y Doña Sofía se trasladaron a Cartagena de Indias en helicóptero.

Procedentes de Barranquilla llegaron al Fuerte de San José de Bocachica, uno de los que cierra y guarda el canal de entrada a Cartagena de Indias, Sus Majestades los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía. Se iniciaba así la visita oficial de los Soberanos españoles a la República de Colombia.

El Rey de España llegó abordo de un helicóptero «002» de las Fuerzas Aéreas colombianas, que se posó sobre una plataforma de madera especialmente acondicionada. Desde allí, en una falúa, se dirigió Don Juan Carlos a la fragata española *Cataluña*, anclada en la boca del estrecho canal de acceso a Cartagena.

Escortados por la fragata gemela, *Andalucía*, el Rey y la Reina recorrieron durante veinte minutos cinco kilómetros de canal hacia la base naval de Cartagena.

El Rey español y su esposa fueron recibidos por el presidente Alfonso López Michelsen en la base naval de Cartagena de Indias poco después de las cinco de la tarde.

«Debe saberlo el mundo entero que España y América vuelven a encontrarse para cumplir su destino», dijo en su salutación de bienvenida el presidente colombiano.

«Si otras naciones se agrupan por la comunidad del lenguaje, es la hora de que juntos los que estamos unidos por el idioma de Castilla comencemos a desandar los pasos perdidos y a buscar nuestro futuro», añadió López Michelsen.

«No queremos que Gibraltar deje de ser español, señor», pidió a Juan Carlos el presidente de Colombia.

«Estoy seguro de que España nos acompañará a los iberoamericanos para reivindicar las islas Malvinas, Belice y, sobre todo el Canal de Panamá», afirmó el presidente colombiano.

«Los españoles pertenecemos a América», contestó el Rey al presidente de Colombia.

«Me conmueve que nos recibáis en Cartagena de Indias. Comprobamos, una vez más, que todos nosotros pertenecemos a una tradición viajera y descubridora», dijo el Rey.

«Quisiera saludar a todos los ciudadanos de las naciones hermanas de América», dijo Juan Carlos de España.

El Rey, la Reina y algunas personas de su comitiva llegaron hasta la plataforma en una falúa. Todo el gobierno colombiano acompañaba a López Michelsen.

Después de que sonaran las salvas reglamentarias y los himnos nacionales de los dos países hablaron el presidente de Colombia—que improvisó sus palabras—y el Rey, que las leyó.

Ambos Jefes de Estado pasaron revista a las dos compañías del batallón de cadetes de la Marina colombiana que les rindieron honores.

Miles de personas—la mayoría de los habitantes de la zona—se alineaban a lo largo de la avenida de Santander, junto a la que está situada la base naval, para aplaudir y vitorear a los Reyes de España.

Después de la ceremonia de recepción que se desarrolló en la Escuela Naval, el Monarca español, que vestía uniforme de capitán general de la Armada, ascendió, en compañía de López Michelsen, a un automóvil que le condujo al hotel Capilla del Mar. En el piso 19 de este moderno hotel se encuentran las habitaciones que servirán de alojamiento a los Reyes durante las treinta horas que permanecerán en esta ciudad.

Don Juan Carlos y Doña Sofía asistieron a una cena que les ofrecieron las autoridades locales y con la que concluyó el programa de la jornada.

12 octubre.—ACTIVIDADES DE LOS REYES DE ESPAÑA.—Al conmemorarse el Día de la Hispanidad, la segunda jornada de la visita oficial de los Reyes de España a Colombia tuvo una especial trascendencia. Desde primeras horas de la mañana, en que Don Juan Carlos y Doña Sofía salieron del hotel, hasta por la tarde, en que, acompañados por el presidente de Colombia, emprendieron viaje a Bogotá, transcurrieron más de ocho horas. Una intensa y agotadora jornada que tuvo para Sus Majestades la gran compensación de los miles de personas que, a lo largo del día, no cesaron en sus continuas muestras de cariño para los Reyes de España.

A las nueve cincuenta (quince cincuenta, hora española) los Reyes de España abandonaron el hotel Capilla del Mar, donde habían pernoctado.

La Reina Doña Sofía, acompañada por la primera dama colombiana, Cecilia Caballero de López, fue la primera en abandonarlo, seguida del Rey Don Juan Carlos, con el presidente López a su izquierda.

El primer acto de la jornada de los Reyes lo protagonizó Don Juan Carlos, que recibió las llaves de la ciudad y abrió simbólicamente las puertas de las murallas de esta fortificación. Era la entrada oficial en la ciudad de Cartagena.

Antes de llegar al edificio del Consejo Municipal, Don Juan Carlos depositó una corona de flores ante el monumento a Cristóbal Colón, en la plaza de la Aduana.

Momentos después la comitiva hizo su entrada en el Palacio Municipal de Cartagena, donde tuvo lugar la solemne conmemoración del Día de la Hispanidad.

Abrió el acto el presidente de la República Colombiana, Alfonso López Michelsen, quien en su discurso hizo un caluroso elogio de la Legislación Española de Indias.

El presidente de Colombia culpó al tiempo, y no a España, de que la legislación española no se mantuviera. «Una legislación que trataba de defender al débil contra el fuerte, al nativo del extranjero.»

El Presidente colombiano dijo que se sentía orgulloso de ser hijos de España, al descender de españoles.

A las palabras del presidente de Colombia respondió el Rey Juan Carlos con el siguiente discurso:

«Señor presidente:

Muchas gracias por vuestras generosas palabras. Ya que vuestra amabilidad y vuestro afecto nos han hecho posible celebrar en tierra americana el primer 12 de Octubre desde mi proclamación como Rey de España, quisiera compartir con vosotros algunas reflexiones, íntimas y como de familia, sobre la naturaleza misma de nuestra relación hispanoamericana y sobre aquello que el futuro puede y debe depararnos. Permitidme que, para hacerlo, me inspire en las figuras de dos españoles colombianos, dos auténticos ejemplares de nuestra raza.

Desde las costas que hoy pisamos partió en el siglo xvi a la conquista de Nueva Granada el licenciado Jiménez de Quesada, escritor, hombre de leyes, convertido súbitamente en hombre de armas. En su viaje, épico como el de los argonautas, Jiménez de Quesada fue penetrando en la interioridad de vuestra Patria, cada vez más adentro, subiendo por el río como por una gran vena hasta el corazón de vuestra tierra, la sabana que es el solar de Bogotá. Como todos los grandes conquistadores de América, no se quedó en las costas, en la exterioridad y superficie de este continente, sino que fue hasta la misma médula americana, y para sellar su entrega a esta tierra, aquí murió. Penetración es la palabra en que puede resumirse esta conducta: penetración no sólo en las tierras, en los ámbitos físicos, sino también en las gentes, en las sangres, en las almas, hasta crear nuevos pueblos, nuevas comunidades, frutos de esa entrada arriesgada y generosa.

Vosotros, amigos colombianos, sois los herederos de aquel acto de profunda creación, pues sois los descendientes de los que vinieron a unirse definitivamente con la América primigenia, y esta hondura, esta profundidad de penetración, es una de las características de vuestra nación.

También en esta bahía de Cartagena de Indias, ya en el siglo xviii, un viejo almirante de la Armada Real, mutilado en su cuerpo, pero entero en su corazón, el vascongado Blas de Lezo, acompañado por menos de cinco mil neogranadinos, derrotó al extranjero que amenazaba Cartagena y salvó a Colombia para los colombianos. Su victoria ocurrió ante los baluartes, las baterías, los lienzos de las murallas que hoy nos rodean, símbolo máximo de fortaleza. Y fortaleza también es un signo de vuestro país: la que poseéis para defender vuestro espíritu nacional y vuestro legado cultural.

Creo que bajo estos dos lemas que nos brinda la historia, aún viva en torno nuestro, podemos contemplar el futuro: profundidad y fortaleza. Ambas virtudes nos serán muy necesarias en el decisivo giro de la historia universal que estamos hoy viviendo, porque la primera es la garantía de

nuestra identidad, y la segunda, el fundamento de nuestro vigor en las acciones futuras.

Formamos, en efecto, una comunidad creada con hondura y firmeza, aunque otra cosa puedan en algún momento sugerirnos ciertas tentaciones de dispersión: una comunidad inteligente, aunque a veces sufra errores en el entendimiento de su destino; una comunidad curada ya de las heridas separadoras del pleito familiar de la emancipación y que está asumiendo saludablemente, como propia, toda su historia e integrando en la misma con respeto y orgullo a todos sus grandes personajes, lo mismo aquellos que empezaron hace siglos a construir nuestros países que los que abandonaron, cuando les llegó la edad de la madurez, la tutela bajo la cual vivían.

Nuestra comunidad, poseedora de rasgos biológicos unitarios; solidaria en unas creencias básicas sobre el hombre, su dignidad y su destino; heredera de un patrimonio cultural que tiene no sólo la gloria del pasado, sino también la vitalidad del presente es una comunidad llamada a cumplir una función universal de la que no puede dimitir.

Si nuestros pueblos nacieron de un encuentro humano profundo, de una fusión racial constante llevada a cabo sin el menor escrúpulo, de un esfuerzo de siglos en el cual el hombre individualizado fue siempre, en último término, la medida de todo, tenemos hoy el deber de aportar al mundo actual, a veces excesivamente despersonalizado y materializado, nuestro sentido humano de la vida, nuestro convencimiento de su trascendencia sobrenatural y nuestra fe en Dios.

Pero no ha de tener nuestra misión solamente un carácter espiritual. El viejo bastión histórico de nuestra comunidad resistió el combate de los siglos y los ataques de otras fuerzas porque estaba construido sobre fundamentos materiales sólidos, tan resistentes como los muros de sus castillos costeros. Los territorios americanos eran inmensos, pero durante trescientos años largos fueron poblados por una rica corriente de casi diez millones de españoles que se instalaron para siempre en este continente, conformando la más importante emigración natural que el mundo moderno ha conocido. Junto a los aborígenes, y muchas veces fundidos con ellos en la misma sangre, todos fueron abriendo y roturando la tierra, llenándola de caminos, ciudades, acueductos, puertos, fortalezas, iglesias, escuelas, universidades; haciendo, en fin, un cuerpo robusto para la comunidad. La palabra colonizar tuvo entonces, en los labios de nuestros comunes antepasados, su sentido antiguo y romano, de creación de nuevos pueblos, no su deformación moderna de explotación egoísta. A este trasvase humano y a este esfuerzo colonizador se han añadido en los tiempos más recientes las aportaciones de otras minorías étnicas y el desarrollo que permite la técnica actual. Todo ello ha tenido lugar, sigue teniéndolo, en una de las áreas más ricas en potencialidades económicas del planeta. Por eso, la aportación material que la comunidad iberoamericana puede hacer al mundo de hoy es muy grande y deberá constituir un factor decisivo en la marcha general de la comunidad internacional.

Para ello es necesaria la unidad. Es verdad que cada uno de los diecinueve Estados que nacieron de la vieja construcción imperial lleva más de siglo y medio desarrollando su propia política, su economía, sus relaciones exteriores; creando su particular imagen nacional, su íntimo e intrasferible patriotismo, su derecho a la independencia y a una soberanía indiscutible. Defendamos esta diversidad como un tesoro que añade múltiples perfiles al

rostro de nuestra comunidad y la hace más rica y llena de posibilidades en el cuadro de las relaciones mundiales. Pero no podemos dejar que la variedad se disuelva en la dispersión, en la disgregación, en la nada.

En el mundo de hoy, en el que hacen oír su voz bloques de naciones, perfectamente independientes, pero ligadas entre sí por lazos de diversa especie, los países hispánicos como tales aún no ocupamos la posición que corresponde a nuestro pasado y a nuestras presentes y futuras necesidades.

La acción común que necesitamos con urgencia comienza indefectiblemente por el conocimiento mutuo. No podemos seguir teniendo apenas unas nociones sumarias, y a veces erróneas, de nosotros mismos. El conocimiento lo más completo posible de nuestras tierras y nuestras gentes, nuestra historia y nuestra actualidad, debe estar en la base misma de las enseñanzas que recibimos.

Ese es el impulso principal que empuja, ardientemente, mi visita, señor presidente: estar cerca de vosotros, conocer por mí mismo vuestros pueblos y vuestro espíritu. Yo invito desde aquí a los españoles a hacer de Hispanoamérica la realidad más cara a su corazón y más atrayente a su inteligencia.

En el mundo en que vivimos—configurado por los problemas a escala universal—no cabría la desunión de una comunidad como la nuestra. Debemos estar unidos para convertir en realidad nuestras posibilidades de conjunto, lo que será la mejor forma de mantener la individualidad nacional y su virtualidad esencial.

Los espacios que hace unas décadas eran quizá suficientes para el adecuado desarrollo espiritual, cultural y económico de un pueblo, en nuestros días han estrechado su ámbito y significación, precisando de mayor amplitud para salvar y mejorar la vida personal y colectiva.

Tenemos, pues, que encontrar juntos proyectos galvanizadores de la unidad a que pertenecemos, capaces de entusiasmar porque conduzcan a una vida mejor y más justa, que resulte en el alumbramiento de un hombre integral, a la medida de los tiempos.

No me corresponde entrar en detalles sobre la cooperación actual y futura entre nuestros países en la Península Ibérica, América y Filipinas. Quisiera, eso sí, saludar con esperanza los presentes intentos de integración económica y los esfuerzos por lograr mejores condiciones de financiación, así como el incremento de nuestros intercambios comerciales, de nuestras transferencias de tecnología y de nuestra simbiosis cultural. Quisiera llamar la atención de todos sobre la necesidad de organizar nuestro trabajo con un sentido solidario y un espíritu de tenacidad y de realismo. Y expresar mi voto ferviente porque la comunidad de los pueblos hispánicos se organicen cada día más en torno a la misión que corresponde a su propio e inconfundible ser comunitario.

Para esa tarea España siempre está dispuesta, como una más entre las naciones de la gran familia. Cuál ha de ser la misión de España en esa actuante comunidad, cuáles han de ser los servicios que hayamos de rendir a los demás, lo sabéis mejor vosotros que nosotros mismos. España no quiere definir su función ni limitar sus contribuciones posibles, porque lo único que quiere, simplemente, es participar, convivir con vosotros día a día.

Quisiera llevar a vuestro ánimo, señor presidente, y al de vuestros colegas iberoamericanos, la convicción de que vuestras patrióticas preocupa-

ciones son las mías y las de todos los españoles. Quisiera decirlos que, con el más absoluto respeto, y sin interferir jamás en vuestros asuntos internos, España siente como propios los problemas de sus hermanos de América.

En noviembre de 1968, hablando en la embajada de España en Colombia, dijisteis, señor presidente, a propósito del cuarto centenario de la creación de la Audiencia de Bogotá: «Este fue el día de nuestra partida de nacimiento. El día que nos dieron nombre, nos dieron fronteras, nos dieron la civilización cristiana, nos trajeron el alfabeto, nos crearon un espíritu jurídico y nos lanzaron a ser un país con cuna y con sepulcros comunes.» Pues yo os digo, señor presidente, que ese día y otros semejantes de la historia de América fueron los días en que España ganó las más altas justificaciones de su ser nacional, en que América le dio la mejor misión que nuestro pueblo podía soñar.

España no descubrió América sólo para los españoles, sino también para los demás pueblos del mundo y, sobre todo, para los pueblos de América, a los que abrió a una civilización fecunda. El verdadero nuevo mundo es el que España trajo a los hombres de este continente: al hacerlo, España se forjó para siempre a sí misma.

Señor presidente:

Gracias de nuevo por haber hecho posible mi presencia en Cartagena de Indias, en este 12 de Octubre, y que esta celebración sea el inicio de una cooperación cada día más estrecha entre todos nosotros, los hermanos de uno y otro lado del mar.»

Uno de los actos más entrañables de la jornada fue la inauguración por el Rey Juan Carlos de la Casa de España en Cartagena de Indias.

Los Reyes de España, acompañados por el presidente de Colombia y su esposa, llegaron a media tarde a esta casa, que se encuentra situada en la Ciudad Vieja de la histórica localidad colombiana. En la puerta, dos niñas, hijas de padres españoles, ofrecieron un ramo de orquídeas a la Reina y otro de claveles rojos a la señora de López Michelsen.

En medio de constantes gritos y vivas a España, Colombia y los Reyes, Sus Majestades fueron recibidos a la llegada al centro por jóvenes vestidos con trajes regionales, Cuerpo diplomático y un grupo restringido, por falta de espacio, de españoles, a cuyos saludos respondieron los Monarcas. Todos los españoles allí reunidos se agolpaban para estrechar la mano de los Reyes después de que les fuera entregada una bandeja de plata en recuerdo de la visita.

Una vez en el interior de la Casa de España, el presidente del centro pronunció un discurso en el que señaló que este 12 de Octubre marcaba un hito en las relaciones hispanoamericanas «porque nada hay más fuerte que la sangre, la lengua y la historia».

A este saludo respondió el Rey Juan Carlos con las siguientes palabras:

«Me es muy grato reunirme con todos vosotros para inaugurar esta Casa de España, fruto de vuestros esfuerzos, a los que ha cooperado el Gobierno español, y me complace muy especialmente que a la colectividad española de Cartagena se hayan unido las de Santa María y Barranquilla.

En este Día de la Hispanidad y de la Raza, es esta la primera Casa de España que inauguro en América. Bien sé que la colectividad es reducida

y que por ello sus esfuerzos son tanto más meritorios. Aquí encontraréis el descanso de vuestra labor, las horas de sano esparcimiento, las noticias de España. De esa España que al mismo tiempo que adquiere un nuevo peso específico en el concierto de las naciones europeas, no olvida su destino americano, trazado por la historia viviente que no se puede archivar.

Esta es la razón de mi presencia en tierras hispanoamericanas, con las que soñaron los Reyes de España, mis antepasados, pero a quienes no fue dado visitarlas y conocerlas personalmente.

Desde esta Casa de España en la ciudad de Cartagena de Indias envío un apretado abrazo a todos los españoles residentes en América y les invito a que colaboren en la gran tarea de la elevación de España, haciéndola más unida y libre, más próspera y justa.

En el día de hoy, doce de octubre de mil novecientos setenta y seis, declaro oficialmente inaugurada la Casa de España en Cartagena de Indias.»

13 octubre.—ESTANCIA DE LOS REYES EN BOGOTÁ.—La estancia oficial de los Reyes de España en Bogotá comenzó con la visita, a primeras horas de la mañana del miércoles, al Museo de Oro, uno de los lugares donde Colombia ha recogido lo mejor de la cultura indígena.

Numerosos colombianos aguardaron en el parque de Santander—donde se encuentra el museo—la llegada de los Soberanos españoles.

El Rey y la Reina, acompañados por los embajadores de España y Colombia, Fernando Olivie y Belisario Betancur, y por miembros de los dos Gobiernos, comenzaron oficialmente su visita al museo, cuatro minutos después de haber llegado a él.

Mientras el Rey Don Juan Carlos se entrevistaba con el presidente de Colombia, Alfonso López Michelsen, la Reina Doña Sofía, acompañada por la esposa del presidente colombiano, asistía por primera vez a la Universidad de Bogotá.

Universitarios de todo el mundo recibieron a la Soberana a la puerta e interior de la universidad. Los que no pudieron entrar en el Aula Magna para presenciar el acto lo escucharon con transistores en el patio.

Momentos antes del acto académico, que se celebró en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, la Reina regaló el primer ejemplar del nuevo tomo que acaba de editarse de la obra de Celestino de Mutis *Flora del Reino de Nueva Granada*, al rector del colegio, Carlos Holgín.

Doña Sofía, la primera Reina que los colombianos han podido contemplar de cerca, estudiante de Humanidades de la Universidad de Madrid, fue promovida, en el transcurso del acto, doctor *honoris causa* en Filosofía, Letras e Historia.

La Reina aceptó el título como «muestra de que participamos en la cultura común de los pueblos hispánicos, con los mismos títulos y responsabilidades».

Su Majestad la Reina pronunció el siguiente discurso:

«Me honra la dignidad que este Colegio Mayor de "Nuestra Señora del Rosario" me confiere y la acepto con gratitud y alegría.

En primer lugar, porque tengo conciencia del significado y la importancia de esta investidura. No sólo por la noble genealogía de vuestro colegio, que entronca con la más brillante tradición de los antiguos colegios mayo-

res españoles, sino también por la realidad viva y pujante de vuestras facultades actuales, en las que habéis mantenido ininterrumpido un altísimo nivel intelectual y científico, que corresponde a la honda raigambre cultural de Colombia.

Mi alegría por encontrarme entre vosotros es igual a mi agradecimiento. Esta visita a tierra americana y este contacto con una de vuestras más prestigiosas instituciones universitarias representan, sin duda, un privilegio que acepto como muestra de que participamos en la cultura común de los pueblos hispánicos con los mismos títulos y responsabilidades.

Isabel, la Reina Católica, impulsó en España singularmente la obra de los Colegios Mayores, que más tarde fueron, en América, seminarios de Ciencia, de Técnica y de Administración. El arzobispo burgalés fray Cristóbal de Torres, al fundar esta casa, por encargo expreso del Rey de España, trae consigo dos importantes tradiciones: la del Colegio de Fonseca de Salamanca y la de la Orden de Predicadores. El generoso filón alumbrado así, a mediados del siglo xvii, estará enriquecido más tarde, hasta nuestros días, por hombres ilustres en la historia de Colombia y de nuestra cultura. Quiero destacar ahora el de Celestino de Mutis, como ejemplo insigne de la curiosidad científica de su tiempo, capaz de organizar la fabulosa e ingente obra de la *Flora del Reino de Nueva Granada*. Desde hace años, el esfuerzo editorial conjunto de Colombia y España está dando a conocer el fruto de aquel talento extraordinario. Hoy me complazco en ofrecer el primer ejemplar del nuevo tomo que acaba de editarse de esta obra.

Personifica la dimensión espiritual de esta institución y de nuestra común tarea la imagen de Nuestra Señora, bajo cuyo alto patrocinio fue fundada. La limpia serenidad de la lengua castellana adquirió, al atravesar el océano, matices nuevos y resonancias insospechadas; aquí, en Santa Fe de Bogotá, en el Reino de Nueva Granada, la gracia y la ternura se conjuntó en el apelativo que disteis a la Virgen de vuestra devoción: "La Bordadita", porque, según la tradición, la propia madre de Felipe IV, la Reina Margarita de Austria, labró personalmente el tejido de esta imagen de Nuestra Señora, que todavía preside cada día y cada hora esta real casa de estudio.

Quiero también haceros partícipes de mi esperanza. Esperanza fundada en los sólidos valores de nuestra cultura común, esperanza en los hombres y las mujeres de Colombia, de toda América y de España. La cultura que nuestra común historia nos entrega debe ser puesta al servicio de una actitud espiritual moderna, reflexiva, que no sólo nos permita entender el sentido de la civilización actual, en desarrollo, sino que haga que el hombre se sienta realmente libre en ella y pueda llegar a orientarse con seguridad hacia el logro de sus propios fines espirituales y humanos.

Podéis tener la seguridad de que nunca olvidaré este acto, a la vez solemne y familiar, este reencuentro con los orígenes, esta valiosa distinción universitaria. Quisiera que en el saludo agradecido de la Reina de España sepáis escuchar también el eco fraternal de la voz de todo nuestro pueblo. Con él, el deseo y el propósito de no abandonar la mutua compañía en la edificación de un mundo mejor, por el esfuerzo conjunto de la inteligencia y el espíritu.»

Anteriormente se había celebrado una ceremonia especial en el palacio de San Carlos, en la que el presidente colombiano, Alfonso López Michelsen, impuso a los Reyes de España la más alta condecoración del país. Al Rey le impuso la Gran Cruz Extraordinaria, placa de oro, de la Orden de Boyacá, y a la Reina Doña Sofía, la Gran Cruz de la misma Orden.

A su vez el Rey Juan Carlos impuso al presidente colombiano el Collar de la Orden de Isabel la Católica, y a la primera dama de la nación, doña Cecilia Caballero de López, la Gran Cruz de la misma Orden.

Otro de los actos que protagonizaron los Reyes de España en su jornada matinal en Bogotá fue la ofrenda floral y el homenaje que tributaron al Libertador, Simón Bolívar. En este acto, Don Juan Carlos y Doña Sofía estuvieron acompañados por los ministros de Asuntos Exteriores y los miembros de su séquito, y, antes de la ofrenda, escucharon los himnos de España y Colombia.

Al sonar las notas marciales del himno español, los colombianos, en medio de un respetuoso silencio, elevaron al aire sus pañuelos, dando así más emotividad a la ceremonia.

«La visita de un soberano español a tierras de América, después del reconocimiento de la independencia, fue siempre nuestro anhelo, que se cumple en esta fecha», afirmó el presidente de la República colombiana en el transcurso de una cena celebrada en honor de Don Juan Carlos y Doña Sofía en el Palacio de San Carlos, de Bogotá.

López Michelsen aseguró que España, si lo desea, podría convertirse en país observador en los organismos interamericanos. Para ello se ofreció como intermediario. Después de señalar que «esta casa de Bolívar se siente profundamente honrada con la presencia de Sus Majestades», dijo que «la visita real ha sido por excelencia una cita democrática que nos señala un derrotero hacia el futuro. Si de diplomacia pudiera calificarse—añadió—, ésta lo ha sido a la clara luz del sol, con la participación ciudadana sin repliegues ni condiciones».

En su discurso, el primer mandatario colombiano destacó que los respectivos ministros proseguirán en un futuro los proyectos que, de tiempo atrás, tienen en común las dos naciones, como son la conjugación de la técnica y el capital para el desarrollo económico, la construcción naval o la investigación científica.

A continuación, el Rey Juan Carlos agradeció las palabras de López Michelsen en nombre propio y en el de la Reina y reseñó en una corta intervención el milagro de hablar una misma lengua, pues sólo gracias a ella podría—dijo Su Majestad—pronunciar estas frases con la misma emoción y vosotros escucharlas con la misma claridad. Ninguna traducción serviría para ocasiones como ésta. «Por tanto—prosiguió—, me cabe felicitar me por estar entre vosotros y felicitaros por la lúcida manera que tenéis de enfrentaros con la realidad de nuestra pertenencia a la comunidad hispánica y la madurez con que siempre abordáis los problemas que se derivan de tal hecho. Quien ve claramente su postura en el mundo está preparado para enfrentarse con el porvenir.»

14 octubre.—ACTIVIDADES DE LOS REYES.—La jornada la inició el Rey Juan Carlos con una reunión en privado con los directores de periódicos colombianos, que acudieron a cumplimentarle en su residencia de Hatogrande.

La entrevista, según señaló a Efe alguno de los asistentes, fue extraordinariamente cordial, y la idea de impulsar, en la práctica, la articulación de una Comunidad Hispánica de Naciones había sido uno de los temas tratados más extensamente en la reunión con el Rey.

Al mediodía, los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, se dirigieron a la Casa de España en la capital colombiana, donde les aguardaban cientos de personas. Varias tunas interpretaron música del país, en medio de atronadores «Vivas» a los Reyes por parte del público allí estacionado.

Una vez en el interior del centro, el director de la institución, Antonio Huidobro, pronunció unas cariñosas palabras de bienvenida.

El Rey Juan Carlos respondió:

«Pocos actos, en mi visita a Colombia, podrán llegar tan profundamente a mi corazón como éste en que inauguro junto a vosotros y colocamos esta primera piedra de la Casa de España en Bogotá. Si en todos los acontecimientos de mi estancia en este querido país me siento siempre rodeado de un aire familiar, aquí, al lado vuestro, es natural que me encuentre en el centro del círculo más íntimo. Gracias por hacer posible este momento.

Quiero, en primer lugar, felicitaros por esta Casa, que es el fruto de vuestro esfuerzo y el símbolo de vuestro espíritu de empresa, el mismo espíritu que un día os trajo aquí, a vosotros o a vuestros mayores, para construir, con vuestro trabajo y vuestra honrra de bien, un brillante ejemplo de la actual presencia española en América.

Quiero decir también que, desde España, siempre pienso en los compatriotas que viven en la lejanía. Imagino vuestros sentimientos encontrados. Aquí recordaréis, quizá con gran nostalgia, la patria que os vio nacer y a la que añadiréis acaso perfiles ideales que la harán más hermosa a vuestro recuerdo; y al venir a España recordaréis entonces vuestro hogar colombiano, vuestra familia aquí creada, vuestros trabajos y esperanzas; en suma, vuestra segunda patria. De esta forma tendréis el corazón partido entre dos sentimientos, solicitado por dos llamadas diversas. Pero, a cambio de eso, sois unos inmejorables colombianos y unos magníficos españoles, porque vuestro conocimiento de ambos países está aclarado por la perspectiva, y vuestro amor hacia los dos, reforzado por la libre voluntad.

Sabiéndolo así, os pido que esta Casa de España no sea únicamente vuestro hogar español, el lugar de encuentro con vuestros compatriotas, el posible refugio a unas posibles nostalgias. Me gustaría saber que es, además de todo eso, un sitio más de encuentro con Colombia, de confraternización con vuestros amigos colombianos; en suma, una Casa española y colombiana al mismo tiempo. De esta forma cumplirá su misión más alta y responderá a lo que sucede en el interior de vuestros corazones, divididos entre los dos países.

Os repito que el Rey de España piensa en vosotros y que él y su Gobierno harán lo posible por ayudaros en vuestro esfuerzo de sostener la colectividad española de Bogotá. Me doy cuenta de que vuestra aportación al desarrollo colombiano en el campo de la técnica, la ciencia y la cultura; en el terreno económico y comercial, en el ámbito educativo y religioso, es una contribución eminente al aporte general que millones de españoles, desde el siglo pasado a nuestros días, han ofrecido a Iberoamérica en una verdadera moderna ola de emigración que sigue a las que se habían producido en el

pasado. Por ello, con mi gratitud, os ofrezco mi atención constante y el apoyo de mi Gobierno. He visto en vosotros a los mejores portadores de un mensaje de cooperación y de amor del pueblo español al pueblo colombiano.

A todos los españoles que eligieron formar su hogar aquí, a los que lo heredaron de sus padres, os abrazo muy fuertemente y os deseo, desde el fondo de mi corazón, la mayor de las felicidades.»

Los Soberanos españoles terminaron sus actividades de la mañana con un almuerzo que ofrecieron al ministro colombiano de Negocios Extranjeros y a los embajadores americanos acreditados en Bogotá.

En contestación al mensaje de felicitación que le cursara el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos (OEA) con motivo de la Fiesta de la Hispanidad, el Rey Don Juan Carlos I de España envió el siguiente telegrama al presidente del Consejo, Fernando Ortiz Sanz, embajador de Bolivia:

«Ruego su excelencia haga presente a embajadores ante Consejo mi cordial mensaje de salutación, formulado en nombre de la Reina y mío propio, desde esta hospitalaria tierra colombiana. Mejores votos paz y prosperidad para todos los países hermanos de América.»

El mensaje al Rey español, que se encuentra en Colombia en visita oficial, fue enviado por Ortiz Sanz al término de una sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la OEA, convocada para celebrar el 484 aniversario del descubrimiento de América.

Don Juan Carlos I de España pronunció el siguiente brindis en el almuerzo ofrecido al ministro colombiano de Negocios Extranjeros y a los embajadores hispanoamericanos en Bogotá:

«Levanto mi copa por todos los países hispánicos y americanos aquí representados, y pido a ustedes que sean mensajeros ante sus respectivos jefes de Estado de mi saludo más cordial y de mi viva esperanza de que algún día, que espero llegue pronto, tendré el honor de saludarles personalmente y de expresarles mi admiración y los sentimientos fraternales del pueblo español.

Hago votos porque nuestro entendimiento y nuestra cooperación crezcan cada día y vaya aumentando el peso en el mundo de la comunidad que constituimos.»

En la noche del jueves, los Reyes de España ofrecieron una cena al presidente de Colombia y a las autoridades de aquel país en la sede de la Embajada de España en Bogotá.

A los postres, el Rey Juan Carlos pronunció el siguiente discurso:

«Hace ciento sesenta y siete años, vuestros abuelos del Cabildo de Santa Fe de Bogotá, conscientes de que el Virreinato de Nueva Granada podía ya regir sus propios destinos, quisieron exponer a mis abuelos, a través de la Junta de Sevilla, sus ideas sobre la forma en que deseaban ser gobernados, y le dirigieron un documento que desde entonces se llamó "Memorial de agravios". Allí se dice: "Las Américas, señor, no están compuestas de extranjeros a la nación española." Poco más tarde, los colombianos expresaban su deseo de que el Rey de España les visitara en persona.

Señor presidente, Colombia es desde hace más de un siglo y medio una nación independiente y soberana, dueña felizmente de su destino, y el Rey de España, que al fin llega a Bogotá, viene, invitado por vuestra generosidad, para saludaros, para abrazaros como a un amigo que es, en verdad, un hermano.

Sin embargo, rotos hace tanto tiempo los vínculos jurídicos y políticos, innecesaria aquella vieja apelación del Cabildo, dadas tantas vueltas del mundo, queda, a pesar de todo, en pie la identidad familiar, la íntima semejanza, el que nos reunamos como si nunca hubiéramos dejado de estar juntos.

Esta es la sensación que me domina al hablaros ahora. No me siento extranjero ni extraño, nada ajeno me rodea.

Y esto es lo que más vale de nuestro encuentro. En un mundo como el actual, a la busca de entendimientos difíciles, de uniones frágiles, de afinidades penosamente procuradas, de bloques, en fin, muchas veces artificiales, nuestra radical solidaridad, inmovible por muchos que sean nuestros yerros y nuestras torpezas, es un bien supremo e inestimable que debemos guardar y defender. Y, desde luego, debemos ponerlo en uso práctico, en servicio de esa comunidad auténtica que espera aún su momento de plenitud.

Señor presidente, quiero repetiros el agradecimiento de la Reina y mío por vuestra compañía y por todas las atenciones que nos habéis dispensado en estos días. Han sido jornadas inolvidables.

Vuelvo a España con el convencimiento de que esta visita habrá de marcar un hito en nuestras relaciones, como punto de arranque de un entendimiento ideal. Pienso que nuestras conversaciones habrán de fructificar en el eficaz trabajo de nuestros Gobiernos y así me propongo impulsarlo por parte española.

Parto con la esperanza de que nuestra amistad habrá de vivir pronto unas nuevas jornadas en mi país. Permitidme que esta noche os emplace formalmente a ello invitándoos a visitarnos en España.

Al reiteraros mi agradecimiento, levanto mi copa por la prosperidad de Colombia y la felicidad de su pueblo, por vuestra ventura personal y la de vuestra encantadora esposa. Muchas gracias.»

Al brindis del Rey respondió el presidente de Colombia con un discurso en el que dijo, entre otras cosas:

«Al poner término oficialmente a la visita real con este banquete, bajo el techo siempre hospitalario de la Embajada de España en Colombia, abrigo la convicción de que, como representantes de nuestros dos pueblos, hemos realizado una provechosa tarea.

Sólo quisiera agregar, después de las expresiones protocolarias, y tal vez abusando de la benevolencia del auditorio que esta noche se sienta a manteles, una nota personal.

Transcurrió buena parte de mi infancia y de mi adolescencia por fuera de las fronteras patrias. Cuando vine a estudiar la carrera de Derecho, me brindó su alero el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado hace trecentos veintitrés años por fray Cristóbal de Torres; Su Majestad la Reina, en el día de ayer, al recibir el grado *honoris causa* del Colegio, fue testigo del españolísimo sabor de la institución, en donde aún flotan en el ambiente los símbolos del período colonial, de la emancipación y de la historia republicana.

Nada más equivocado que aquella imagen de la nación rapaz que dio rienda suelta a sus aventureros para despojar a los aborígenes americanos.

Ansioso de hallar la identidad de nuestro ser nacional, sometido a tantas influencias foráneas, se me abrió un día el dilatado horizonte de una España calumniada por la leyenda negra, que divulgaron sus propios hijos a la par con sus tradicionales enemigos.

Consagré mis energías tempranamente, antes de comprometerme en la vida política, a divulgar entre la juventud, desde la cátedra y en las publicaciones académicas, el sentimiento de continuidad entre nuestras culturas y de solidaridad entre todos los pueblos desprendidos del tronco castellano.

Cuando la vida me deparó la suerte de servir a Colombia desde posiciones de mando, que me permitían tener alguna influencia sobre su destino, fueron mi norte el principio de la cooperación entre las naciones herederas de la tradición peninsular y la vinculación permanente a la nación fundadora—que no colonizadora—en el sentido contemporáneo, como lo anotara el Rey sagazmente en su alocución ante el Cabildo de Cartagena.

Ciertamente, al alcanzar la primera magistratura del Estado, es para mí una singular coincidencia y una inmerecida fortuna que me haya correspondido ser huésped de la primera visita de un Monarca español a nuestra República, que otrora fuera audiencia y Virreinato.

Trescientos años largos de conflicto entre el Estado, que encarnaba la Corona, y los encomenderos, precursores de un capitalismo desenfrenado, dan fe de la lucha tenaz, que aún prosigue, entre el Estado y el interés particular, entre el bien común y el provecho individual, colocándose siempre el primero por encima de las conveniencias accidentales y transitorias.

La política, como arte de gobernar, sigue siendo lo mismo a través de los siglos.

Al abandonar tierras colombianas dejan Sus Majestades un grato recuerdo, con un toque humano que acrecienta el efecto que el pueblo colombiano profesa a la Madre Patria.

Levanto esta copa por la ventura personal de Sus Majestades, por la permanente cordialidad de nuestros pueblos y por un feliz retorno a la Patria.»

15 octubre.—LOS REYES DE ESPAÑA, EN CARACAS.—Llegaron a Caracas, procedentes de Bogotá, los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía. *El Españolito*, avión especial que transportaba a Sus Majestades, fue escoltado por unidades de la Fuerza Aérea venezolana desde la frontera de Colombia hasta el aeropuerto.

Nada más aparecer los Monarcas en la portezuela del avión, el público que se encontraba en las terrazas de la terminal prorrumpió en una enorme ovación. Al pie de la escalerilla aguardaban el presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, y su esposa, Blanca Rodríguez de Pérez.

A la vez que eran interpretados los himnos de España y Venezuela, fue disparada una salva de 21 cañonazos. A continuación, el Rey pasó revista a la Guardia de Honor, formada por cadetes de los institutos militares de Venezuela.

Acto seguido, el presidente Pérez presentó a los Reyes a los miembros de su Gabinete, autoridades legislativas, representantes del Cuerpo Diplo-

mático acreditados en Caracas y altas autoridades civiles. El Monarca presentó asimismo a los miembros de su séquito.

Los Soberanos españoles y sus anfitriones se dirigieron en automóvil hacia Caracas.

El Rey de España, Don Juan Carlos I, rindió homenaje al Libertador, Simón Bolívar, ante el sarcófago que guarda sus restos en el Panteón Nacional.

El presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, acompañó al Monarca español al Panteón Nacional, cuya plaza exterior se encontraba colmada de personas que aclamaron a los Reyes, al primer magistrado y a su esposa, Blanca Rodríguez de Pérez.

El acto solemne comenzó en la puerta principal del panteón, cuando fueron interpretados los himnos de España y de Venezuela.

A continuación, el Monarca y el presidente venezolano hicieron entrada al panteón, acompañados de la Reina y de la primera dama venezolana y de ministros españoles y de este país, así como de otras personalidades.

Seguidamente, Don Juan Carlos I depositó una corona ante el sarcófago del Libertador y permaneció firme mientras era interpretado el himno nacional de España.

El Rey la Reina firmaron el acta en la que quedó constancia de su homenaje a Bolívar, a quien el Rey calificó de «figura eminente de nuestra raza».

A continuación, el Rey pronunció el siguiente discurso:

«Con profunda emoción dejo aquí esta ofrenda como símbolo del respeto de España hacia Simón Bolívar, figura eminente de nuestra raza. Tanto los conquistadores de América como los libertadores son nuestros y vuestros, unos y otros nos pertenecen a todos, porque tienen sus nombres insertos en una historia que también es de todos y de la que no cabe borrar ningún capítulo.

Hoy, al cabo de siglo y medio, olvidados los sufrimientos y la sangre de la separación, purificados los ideales y hasta las desilusiones de Simón Bolívar, nos queda como herencia colectiva su gran esperanza comunitaria: el ideal de unidad de todos los pueblos hispánicos, al que rindo homenaje con profunda reverencia.»

En respuesta al Monarca español, el presidente venezolano—que por primera vez en la historia acompañaba a un jefe de Estado extranjero a este monumento—abogó por la creación de una comunidad hispano-latinoamericana de naciones.

«Una España democrática hará posible esta grandeza (de los pueblos de raíz común)», añadió el presidente de Venezuela, que rindió homenaje a España como nación fundadora de los pueblos hispanoamericanos, y dijo que la visita del Rey coincide con el proceso democrático que se está iniciando en España, al que Venezuela asiste «con regocijo—dijo—porque los venezolanos nos hemos sentido también históricamente asociados a todo empeño español en favor de la libertad».

El presidente utilizó indistintamente los términos «Latinoamérica» e «Iberoamérica» para referirse a la comunidad de naciones existentes entre el río Grande y el estrecho de Magallanes.

«Hacia España miramos con afecto. De ella esperamos en el futuro la comprensión y cercanía que la comunidad de América y España requieren para acentuar su presencia en el mundo.» La familia de pueblos que tiene su común origen en España «debe aspirar a la influencia, la participación y a una digna intervención dentro de los factores políticos que determinan los balances de poder de la sociedad mundial», añadió.

Terminó afirmando «con profunda convicción» que América Latina necesita a España y España necesita a América Latina.

El Rey don Juan Carlos y el presidente de Venezuela se estrecharon las manos con visible emoción al concluir esta ceremonia.

Con las palabras del presidente concluyó este acto, y ambos jefes de Estado se dirigieron al palacio de Miraflores, donde sostuvieron una entrevista.

Terminada la entrevista con el presidente Andrés Pérez, los Reyes acudieron a visitar la colectividad española en Caracas, cuyo presidente, señor Ariño Espada, pronunció unas palabras, en las que, después de expresar su satisfacción por la presencia de los Monarcas y por el abrazo que se dan «una madre de naciones con una nación madre de libertadores y que juntas se disponen a transitar nuevos senderos, que las habrán de conducir a la más elevada de las glorias», dijo lo siguiente:

«En este momento, Majestad, os decimos que estamos reconfortados por la mejor de las esperanzas de que el futuro social, político y económico de nuestro pueblo será venturoso, ya que las muy especiales circunstancias que se han entrelazado para poneros en este crítico momento al frente de los destinos de España, así como las condiciones que se dan en vuestra persona, favorecen de manera determinante tal previsión.»

El Rey don Juan Carlos pronunció, en respuesta, este discurso:

«Agradezco muy sinceramente las palabras que acabáis de pronunciar y agradezco también vuestra presencia y la oportunidad que me habéis proporcionado de tener un cambio de impresiones sobre temas que a todos nos interesan.

Nuestro deseo hubiese sido visitar cada una de vuestras Casas y Centros Regionales, pero las pocas horas de que disponemos en esta escala han hecho imposible dedicar el tiempo que esas gratas visitas requieren y, por tanto, las aplazamos hasta nuestro próximo viaje oficial a Venezuela. Entonces tendremos oportunidades suficientes para encontrarnos todos como miembros que somos de la gran familia española, de la que formáis parte tan entrañable como destacada.

No obstante, la Reina y yo hemos querido, en nuestro breve paso por Caracas, conversar con los representantes de nuestra colectividad, para que todos sepáis que estáis siempre presentes en nuestro afecto, que nos sentimos orgullosos de vosotros y que compartimos vuestras inquietudes. Y también para contar con vuestra colaboración inapreciable en la construcción de una España cada día mejor, en la que haya lugar para todos, conviviendo en la paz y la concordia con la renovada ilusión de un futuro fecundo y creador.

A los que estáis aquí, y a cuantos compatriotas se encuentran en toda la geografía venezolana, nuestros más afectuosos saludos y nuestros mejores deseos.»

La estancia de los Reyes en Caracas terminó con la cena que les ofreció Carlos Andrés Pérez en La Casona, residencia de los presidentes venezolanos.

16 octubre.—SALIDA DE CARACAS.—«Embajador, le felicito, todo ha sido extraordinario», manifestó el presidente de la República de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, al representante diplomático de España en Caracas, Juan Castrillo, en el momento en que los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía subían las escalerillas del avión *El Españolito*, que habría de conducirles de regreso a Madrid. El primer magistrado de la nación sudamericana, junto a su esposa, acompañaron a Sus Majestades desde su residencia de La Casona hasta el aeropuerto, donde la noche anterior habían ofrecido una cena en su honor.

El ministro venezolano de Asuntos Exteriores, Ramón Escobar, manifestó por su parte que Carlos Andrés Pérez viajará a la capital de España a finales de noviembre próximo, al término de la gira que tiene planeada por diversos países europeos.

El DC-8 de Iberia en el que viajaban los Reyes despegó de Maqueitia a las cero doce (hora local) setenta y dos minutos después de lo fijado en el programa oficial. Don Juan Carlos, poco después de la salida, envió desde el avión un mensaje al presidente en el que se decía: «Al poner término a esta entrañable escala en su país, reciba nuestro cordial saludo y agradecimiento, haciendo votos por la felicidad del pueblo de Venezuela.»

LLEGADA DE LOS REYES A MADRID.—Sobre la una y media de la tarde llegaron al aeropuerto de Barajas los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, después de su viaje por los países americanos de República Dominicana, Colombia y Venezuela. Al pie de la escalerilla del avión *El Españolito* acudieron a recibirle y a complimentar a los Reyes los miembros del Consejo de Regencia, don Torcuato Fernández-Miranda, teniente general Luis Díez Alegría y el obispo Cantero, que habían asumido la responsabilidad de la Jefatura del Estado. Con ellos se encontraban al pie de la escalerilla el presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez; el ministro del Aire, Franco Iribarnegaray; jefe de la I Región Aérea, teniente general Cuadra Medina, y las esposas de los presidentes de las Cortes y del Gobierno, que entregaron a Doña Sofía un ramo de flores.

A continuación, los Reyes subieron a un podio instalado en la pista del aeropuerto, desde donde escucharon la interpretación del himno nacional. Don Juan Carlos, seguidamente, acompañado por el ministro del Aire, pasó revista a las fuerzas de la 11 escuadrilla de la I Región Aérea que, con bandera, banda y música, rindió a los soberanos los honores de ordenanza.

Ya en las inmediaciones del edificio de honor del aeropuerto, Don Juan Carlos y Doña Sofía saludaron a los ministros del Gobierno español que, encabezados por sus dos vicepresidentes, teniente general Gutiérrez Mellado y señor Osorio, acudieron a Barajas a complimentar a los Reyes al regreso de su viaje oficial. Asimismo, los Reyes fueron complimentados por los presidentes y miembros de altos organismos de la nación, autoridades de Madrid y Cuerpo Diplomático acreditados en Madrid.

DECLARACIONES DEL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES.—«Es verdaderamente difícil sintetizar un viaje como el que han realizado los Reyes por Santo Domingo, Colombia y Venezuela, tan cargado de evocaciones y al mismo tiempo de realizaciones», ha dicho don Marcelino Oreja en el aeropuerto de Barajas al regreso de los Reyes por el continente americano.

El ministro de Asuntos Exteriores, que había acompañado a los Reyes en su viaje, añadió: «La visita ha tenido un doble contenido. Por una parte, el contenido histórico en la evolución y en la memoria del pasado, y por otra parte, la actualización de todos esos propósitos y de una nueva línea y dinámica del concepto de hispanidad.»

Primero, Santo Domingo, la tierra que antes vio Colón en el Nuevo Mundo, donde, después de conversar con el presidente Balaguer, recibió el nombre de España una espléndida acogida al borde del Caribe.

Luego, Cartagena de Indias, evocación emocionada de nuestra comunidad hispánica, que requiere la proyección de su gran designio futuro, libre y democrática, justa y equilibrada.

Más tarde, Bogotá, donde Su Majestad el Rey y el presidente, señor López Michelsen, han acordado, acompañados de sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores, programas definidos de colaboración económica y cultural.

Por último, Caracas, patria de Bolívar, ante cuyo monumento, y en presencia de una multitud entusiasta que vitoreaba a España y a sus Reyes, Don Juan Carlos y el presidente, Carlos Andrés Pérez, protagonizaron un emocionante acto de afirmación política de nuestro pueblo, evocando la palabra iluminada del poeta colombiano Eduardo Carranza: «América comienza en los Pirineos y España termina en la Tierra de Fuego.»

Más tarde, en el palacio de Miraflores, los dos jefes de Estado trazaron el cuadro de nuestra colaboración económica y acordaron la constitución de una comisión mixta para la ejecución inmediata de unos compromisos económicos concretos.

Su Majestad el Rey ha anunciado igualmente la constitución futura de un Instituto de Estudios Iberoamericanos y la creación de una gran biblioteca hispánica en Madrid, que contendrá más de medio millón de ejemplares.

«En suma—terminó diciendo el ministro de Asuntos Exteriores—, siete días de memorias de un pasado histórico y de proyección de unos planes concretos de actuación. Siete días de presencia viva de nuestro país en una comunidad que vuelve su mirada a España y a la Corona, al igual que España renueva y actualiza su condición americana.»

27 octubre.—LOS REYES DE ESPAÑA, EN PARÍS.—Poco después de la una de la tarde emprendieron viaje por vía aérea, con destino a París, los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía. Previamente fueron recibidos por el presidente del Gobierno y de las Cortes y por el ministro del Aire.

Poco después, tras saludar a los miembros del Gobierno y personalidades presentes, y una vez pasada revista a los tropas que les rindieron honores, los Reyes emprendieron el vuelo con dirección a París.

Aterrizó en el aeropuerto de Orly el avión *Mistère* en el que viajan los Reyes de España.

Los Monarcas españoles fueron saludados al pie de la escalerilla del avión por el presidente francés, Valery Giscard d'Estaing, y su esposa, así como

por los embajadores de España en París, marqués de Nerva, y de Francia en Madrid, Pierre Deniau.

A continuación el Rey Don Juan Carlos y el señor Giscard escucharon los himnos nacionales de su países respectivos y pasaron revista a las tropas que rendían honores. Acto seguido, el Soberano español y el presidente francés se trasladaron al salón de honor, donde fueron presentados al Rey Juan Carlos y a la Reina Sofía el presidente del Consejo de Ministros, Raymond Barre, y el Gobierno en pleno.

«Señor, señora: Francia recuerda haber tenido el feliz privilegio de recibir, hace tres años, al Príncipe y Princesa de España. Hoy, en la persona de su Rey, es a España misma a la que tenemos el honor de acoger.

España, a la cual Francia se sintió siempre tan cercana por la vecindad, la cultura y la historia; España, que, como Francia, ha sabido tanto en la grandeza como en los momentos de prueba ser fiel a sí misma y contribuir a lo que hay de mejor en el patrimonio espiritual de la unidad; España, que debe a su propio esfuerzo estar hoy entre los grandes países modernos y con el que Francia desea desarrollar y profundizar su cooperación; España, en fin, que impulsa con el mismo espíritu de su pueblo y de su Rey el sople de renovación y de libertad.

Estos son los sentimientos de amistad, de confianza y de esperanza con que Francia saluda vuestra llegada, señor, y se alegra de acoger en la persona de sus jóvenes Soberanos a la España de los tiempos modernos.

¡Viva España!»

En respuesta a las palabras del señor Giscard, el Rey Don Juan Carlos pronunció la siguiente alocución:

«Señor presidente, señora de Giscard d'Estaing, mucho agradezco sus amables palabras de bienvenida a nuestra llegada a París para visitar oficialmente Francia. Es mi deseo aprovechar estos breves días para renovar mis contactos directos con vuestra excelencia y con las altas autoridades del Estado, con los medios de la política, la economía, la cultura y la prensa, y para conocer también de cerca algunas de las grandes realizaciones francesas en el terreno industrial.

Es lógico y natural que mi primera visita oficial a un país europeo como Rey de España sea a la vecina Francia, con la que nos han unido, a lo largo de la Historia, tantos lazos de todo orden, que esperamos cobren nuevo sentido en el futuro.

Quiero con estas palabras dirigir un cordial saludo al pueblo francés, y espero tener la oportunidad de acercarme a él a lo largo de mi estancia en vuestra bella capital y en algunas de las regiones del país.

En nombre de la Reina y en el mío propio renuevo, señor presidente, nuestro agradecimiento por su calurosa bienvenida a tierras de Francia.

¡Viva Francia!»

Minutos después se trasladaron a un helicóptero blanco, bautizado *Carrousel*, de la Presidencia de la República, que los trasladó a la Explanada de los Inválidos, donde se posó a las quince cuarenta.

En el palacio de Marigny mantuvieron la primera de sus entrevistas.

El Rey y el presidente Giscard han hecho, según fuentes dignas de crédito, una exposición de los problemas internos de cada país que pueda servir de base para los nuevos contactos. De añadidura, y por iniciativa de Don Juan Carlos, se ha decidido ampliar a tres el número de entrevistas, en vez de las dos fijadas en el programa de la visita, dedicando la segunda al análisis de los problemas bilaterales, orientados especialmente hacia la intensificación de la colaboración de todo tipo, y centrando la tercera en el estudio de los problemas internacionales por este orden de importancia: Europa, Mediterráneo y Tercer Mundo.

Cabe señalar que, paralelamente, se han reunido durante una hora los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países, señores Oreja Aguirre y Guiringaud, para tratar de las relaciones de España y el Mercado Común y de la futura colaboración franco-española en materia científica, técnica e industrial.

Al término de la conversación de los dos jefes de Estado, Su Majestad el Rey ha impuesto al presidente Giscard el collar de Isabel la Católica, mientras el presidente ha correspondido imponiéndole al Rey la gran cruz de la Legión de Honor. En el intercambio de regalos, los Reyes de España han entregado al presidente francés una copia del *Salustio*, cuyo original, de 1772, está en El Escorial, y a la señora de Giscard una panera de plata, copia de un modelo del siglo xvi. Por su parte, el presidente le ha regalado al Rey un equipo radiofónico de alta fidelidad para su barco, un precioso centro de mesa a la Reina y un balandro para el Príncipe Felipe.

Seguidamente, Su Majestad el Rey ha recibido a los embajadores de los países hispanoamericanos, presididos por su decano, el embajador de Venezuela en París, Manuel Rivero. Desde el mismo momento de conocerse la noticia del viaje de don Juan Carlos a París, los representantes diplomáticos de los pueblos sudamericanos habían insistido en su deseo, que consideraban casi un derecho, de ser recibidos por el Rey. Ante Su Majestad, y en nombre de los diecinueve embajadores, el de Venezuela ha hecho un canto a la hermandad hispanoamericana.

«El altísimo honor que esta tarde me han otorgado mis colegas representantes en Francia de nuestros pueblos hermanos para, en nombre de todos, expresar la bienvenida a París, sólo puedo entenderlo y recibirlo como beneficio obligante que me llega a través de Simón Bolívar, nacido en Venezuela para amar sin distingos de fronteras y sin limitaciones de espacio a lo que es esencia, sentido y proyección de nuestro pueblo hispánico.

Aspiración de España y aspiración de América española siempre ha sido conservar y preservar nuestra identidad originaria. Como bien lo expresaba Vuestra Majestad durante su reciente visita a Caracas, el memorable acto cumplido en el Panteón Nacional en homenaje al Libertador, "la gran esperanza comunitaria" de nuestros héroes, aquellos de la conquista y estos de la independencia, fue preservar la idea inicial de permanecer unidos en lo que es más esencial al hombre: su concepto de la vida y sus fórmulas para alcanzar la dicha. El mundo en donde vivimos, y sobre todo el tiempo que debemos afrontar, y aquel para el cual tenemos que adecuar las actitudes y preparar a quienes deben sucedernos en el quehacer de la sobrevivencia, hace aún más valedera esa correspondencia espiritual que nos define como

gentes de una sola condición, y más exigente y perentoria la necesidad de reflejar en hechos concretos y en acciones coherentes la realidad de esa común aspiración de realizarnos como sociedades justas, libres y respetadas.

A Vuestra Majestad, por nuestro intermedio, la América hispánica, que es para vosotros, españoles, lo que para nosotros, hispanoamericanos, es España, os desea ventura personal y el más claro éxito en la alta y trascendente misión que tenéis depositada en vuestras manos; nada más y nada menos, como diría el Unamuno de todos: la felicidad del pueblo español.

Bienvenidas sean Vuestras Majestades a París.»

Acto seguido, el Rey Juan Carlos respondió con las siguientes palabras:

«Señores embajadores:

Con toda sinceridad confieso mi emoción ante esta vuestra bienvenida. Es la bienvenida que nos da América en Francia. Para mí es un hecho revestido de honda trascendencia.

La Reina y yo traemos el ánimo desbordado por las inolvidables jornadas que acabamos de vivir en tierras americanas. En el marco incomparable de Cartagena hemos conmemorado juntos la fecha inicial de nuestra común experiencia histórica. En el panteón de Simón Bolívar hemos saludado el momento augural de nuestra espléndida realidad actual como comunidad de naciones. Al entrelazar ambos hechos, unos y otros estábamos conscientes de que nuestra diversidad nos enriquece, potenciando lo mucho que nos une.

España vive su momento europeo de hoy con convivencia permanente de su vinculación americana. Vuestra presencia aquí lo patentiza. Debemos unir nuestra imaginación y nuestro entusiasmo en un esfuerzo colaborador entre los países de ambos continentes, que haga más viable y, por tanto, más rápido, el bienestar y la plena realización que esperan y desean nuestros pueblos. España está dispuesta a prestar su apoyo total a esta tarea.

Muchas gracias, señores embajadores.»

Una cena de gala, en honor de los Monarcas españoles, fue ofrecida en el palacio del Eliseo por el presidente francés, Valéry Giscard d'Estaing.

La comitiva que acompaña a los Reyes y el Cuerpo Diplomático en París fueron invitados a la cena. Por parte francesa asistieron el primer ministro, Raymond Barre; el presidente del Senado, Alain Poher, y varios ministros.

A los postres hicieron uso de la palabra el presidente francés y el Rey de España, que pronunciaron sendos parlamentos.

«Señor, señora: Al expresaros la satisfacción que madame Giscard d'Estaing y yo sentimos al poderos acoger en vuestro primer desplazamiento oficial en Europa, quiero hacer constar la importancia que Francia concede a vuestra visita.

Todo lo que Vuestra Majestad representa para nuestros dos países, de recuerdos comunes, de intereses recíprocos, de compartidas esperanzas, confiere a vuestra presencia entre nosotros una resonancia excepcional. En la persona de su Rey, es toda España, su paisaje y su pueblo, su arte y su trabajo, los que Francia acoge hoy, con confianza y con amistad», comenzó diciendo el presidente francés, que añadió: «Nuestras dos naciones han ido creciendo, una al lado de otra, y avanzando casi al mismo paso. Tomaron

parte en las mismas aventuras y resintieron las mismas ambiciones. La Historia reunió constantemente los hilos de sus destinos sin jamás confundirlos, a causa de su respectiva personalidad. Señor, el nombre que lleváis, la línea familiar de la que procedéis, recuerdan lo que tienen de único las relaciones franco-españolas.

En ese pasado, que tuvo sus luces y sus sombras, lo que permanece vivo es la contribución que nuestros dos pueblos han aportado al progreso y la esplendorosa difusión de la civilización occidental. Son también la estimación y la amistad que mutuamente guardaron el uno por el otro, las que van a proyectar su luz sobre nuestras relaciones de hoy.

Por apegados que estén a sus recuerdos, no se sienten prisioneros de ellos nuestros dos países. Veo la prueba en el impresionante auge económico y social que ha conocido España en el curso de los últimos años, y que lo debe al esfuerzo de su pueblo y a la capacidad de quienes dirigen su desarrollo. Permitidme deciros, señor, que Francia ve en Vuestra Majestad la confirmación de ese renacimiento.

Entre nosotros —prosiguió— las relaciones no podrían limitarse a las cuestiones de interés.

Cada cual sabe con qué atención y, a veces, con qué pasión todo lo que en España acontece se sigue en nuestro país. Sin duda, reciprocamente.

Por eso no os asombrará, señor, que aproveche la ocasión para deciros con qué esperanzas hemos oído anunciar a Vuestra Majestad, desde su accesión al Trono, su voluntad de situar su reinado bajo el signo de la libertad. Renovar las instituciones en conformidad con las necesidades y el espíritu de nuestro tiempo, garantizar a todos los españoles "el ejercicio efectivo de todas las libertades", tales fueron, según palabras que pronunciasteis, los objetivos que habéis propuesto a España y que ella, bajo vuestra égida, está en trance de alcanzar.

Deseamos el éxito de esa acción, ante todo por España, pero también por todo lo que podemos emprender juntos en Europa y el mundo.

Por España, ya que es propio de grandes naciones renovarse por sí mismas, en un marco de orden, de justicia y de libertad.

Por nuestra acción común en el mundo, ya que, si se trata de Europa y del Mediterráneo, hay lazos que establecer entre la Hispanidad y el conjunto de países francófonos, y que si se piensa en la instauración de un nuevo orden económico internacional, la acción conjunta de Francia y de España pueden gravitar con un gran peso en favor de la paz, de la seguridad y de un mejor entendimiento entre los hombres», terminó diciendo Giscard d'Estaing.

«Señor presidente:

Muchas gracias por las palabras que acabáis de pronunciar y que hemos escuchado con especial agrado.

Muchas gracias también por vuestra invitación, que ha permitido que nuestra primera visita oficial a un país europeo como Reyes de España sea a esta vecina Francia, con cuya historia, pensamiento y arte se han entrelazado los nuestros en forma continua, a lo largo de los siglos, desde los albores de la realidad geográfica y cultural que llamamos Europa.

Quiero esta noche rendir homenaje a vuestro insigne país, señor presidente, y reiterar al pueblo francés el testimonio, bien conocido, de admiración y respeto del pueblo español.

Creo que está dentro del espíritu y de las costumbres el diálogo que vos, señor presidente, y yo mismo tenemos entablado, el hablar sinceramente. Diré por ello que, mientras la vecindad, acompañada de la técnica moderna, nos facilita una cooperación cada día más estrecha, el mutuo respeto nos impone obligaciones que debemos cumplir con el mayor cuidado.

Vencidos los obstáculos que la naturaleza opone a una comunicación física entre los dos países y siendo ésta cada vez mayor, no deben permitirse ahora otros de carácter diferente que perturben o amenacen la paz y el orden de nuestras poblaciones, a través de las fronteras, o que dificulten el libre flujo de personas y bienes sobre nuestros territorios para que tanto Francia como España puedan cumplir la función a que les obliga la geografía del continente.

A partir de estas bases, la cooperación franco-española se presenta con caracteres singulares dentro del marco de las tareas de construcción europea. Desde las raíces comunes de la latinidad, hasta las afinidades del gusto y del pensamiento, producto de una civilización compartida secularmente, el parentesco cultural de españoles y franceses prepara el camino para la deseable acción conjunta. Pero es preciso ampliar el conocimiento, tantas veces insuficiente, que los unos tenemos de los otros. Es preciso reforzar la confianza a veces disminuida entre nuestros pueblos y entre los directivos de una y otra sociedad, hombres de empresa, políticos e intelectuales. Es preciso considerar con especial simpatía todo proyecto común por el mismo hecho de serlo; analizarlo sin egoísmo, con sentido profundo de la equidad, y conseguir, con determinación bien intencionada, que lo bueno para uno de los países sea bueno también para el otro. La colaboración franco-española podrá así levantarse como una de las cumbres de la construcción europea, sólida como unos nuevos Pirineos del espíritu, que sean lazo de unión y nunca línea de separación, soporte de empresas cada día más ambiciosas y prometedoras a escala continental.»

A continuación su Majestad el Rey dijo:

«Como bien sabéis y habéis dicho en ocasión anterior, España es uno de los países fundadores de la historia de Europa. Pertenece espiritualmente, económicamente y políticamente al ser europeo», para añadir:

«En nuestros días, España y Europa se han hecho recíprocamente presentes a través de un millón de españoles que viven y trabajan en otros países del continente. Nos unen económicamente las inversiones europeas en España, y las no despreciables de España en países europeos, así como las corrientes de intercambio comercial que traen nuestros productos, cada día más valiosos y complejos, y que llevan a España los productos de la técnica y el trabajo europeo. Nos acercan espiritualmente los muchos millones de turistas que nos visitan, el testimonio punzante y vital de nuestros pintores, de nuestros músicos, de nuestros escritores, y el tráfico incesante —que no conoce frontera— de las ideas, las actitudes y las creaciones del espíritu.

El pueblo español está dispuesto a renovar, con dignidad y con provecho, su participación en los asuntos europeos y a poner en ello la misma ilusión, el mismo ímpetu y el mismo espíritu creador que animaron a nuestros antepasados. Para ello, España no puede aceptar otro trato que el de igualdad con los demás países de Europa. Sabemos que es mucho lo que España puede y debe aportar a la Europa del futuro, y seremos tan vigilantes en la consecución de nuestros objetivos nacionales como generosos y solidarios en la conducta que nos corresponda adoptar como parte en la acción común.

Señor presidente:

Vivimos tiempos de cambio y los mejores espíritus intentan encontrar nuevos caminos que permitan superar las crisis del mundo moderno. En el constante afán de creación y búsqueda que caracteriza a los europeos, nuestras sociedades demandan hoy un cuadro institucional que potencia la libertad del hombre, a la par que garantice la defensa de los intereses colectivos, la protección y el disfrute de la naturaleza, el imperio de la justicia social y la eficaz seguridad frente al futuro y la adversidad. Conseguir ese equilibrado resultado es el gran empeño de nuestra época, es el escalón de progreso que la Humanidad tiene hoy derecho a alcanzar.

Pero por muy justas y libres que consigamos hacer nuestras sociedades nacionales, la verdad es que la historia se vive hoy a escala universal. España, con una antigua experiencia de acción en el mundo, propugna un nuevo entendimiento y nuevas nociones de justicia y equidad entre las naciones. La paz es un bien indivisible, y dada la complejidad de las relaciones de todo tipo, no es posible hoy el aislamiento más que al precio de la marginación y de un creciente empobrecimiento.

Entre nosotros, franceses y españoles, reunimos tal vez la más antigua experiencia en la relación que liga a dos Estados. Inevitablemente, cuando se trata de vecinos y de pueblos con vocación de protagonistas, esa experiencia está esmaltada de tensiones, pero también lo está de grandes momentos creadores de respeto y de largos años de amistad y colaboración. Ignorar los problemas que ocasionalmente surgen entre nosotros no sería prudente y debemos encararlos con franqueza y afán de superación. Pero tampoco sería realista olvidar el peso conjunto que nuestros dos pueblos pueden ejercer en un mundo en el que ambos engendraron naciones, cristianizaron a millones de hombres y mujeres y difundieron una cultura común dentro de sus propias diferencias.

Pensando en Europa, "aquella nación compuesta de varias", como decía Montesquieu, no es difícil entrever el renovado equilibrio que nuestra acción conjunta puede aportarle, devolviendo al mundo mediterráneo su verdadera dimensión e influencia. No en vano la cuna de nuestra cultura se mece en las orillas del «Mare Nostrum», y la luz de su ambiente y espiritualidad ilumina con potencia inigualada cuanto de grande, bello, humano y libre alienta hoy en nuestro mundo.

Cuentan que el Emperador Carlos V, refiriéndose a vuestro Rey Francisco I, decía: "Mi primo Francisco y yo estamos por completo de acuerdo: los dos queremos Milán." Cerrado el capítulo de las ambiciones territoriales, ahora inconcebibles, creo que los Gobiernos de Francia y España pueden hoy llegar a muchos acuerdos completos sobre los más variados temas de su interés común. El entendimiento entre nosotros será siempre un servicio a

la comunidad europea y un beneficio para dos grandes pueblos, cuya historia vuelve a fundirse en la hora de las grandes empresas.

Levanto mi copa por este entendimiento y os pido que brindéis conmigo a la salud del presidente de la República francesa y de su distinguida esposa, por su prosperidad personal y la de todo el pueblo francés.»

28 octubre.—SEGUNDA JORNADA DE LA VISITA REGIA A PARÍS.—La segunda jornada de la estancia de los Reyes de España en París revistió una brillantez similar a la que tuvieron los actos del día de la llegada. Entre otras visitas y ceremonias, cabe destacar por su especial relieve la recepción que fue ofrecida a los Soberanos en el Ayuntamiento, recepción que se convirtió en cordial acogida del pueblo de París a Don Juan Carlos y Doña Sofía.

A la llegada de los Reyes, una verdadera multitud se había concentrado siguiendo el llamamiento que hizo ayer el presidente del Consejo de París, Bernard Lafay, quien ofrecía la recepción de hoy.

Los Monarcas llegaron acompañados del presidente del Consejo Municipal y del ministro del Interior francés, Miguel Poniatowski, así como del ministro español de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, y del prefecto de París, Jean Taulelle.

Tras atravesar la sala de Tapices, los invitados llegaron hasta la «Salle de Fêtes», donde esperaba el Consejo de París, cuerpos de Estado, cuerpo diplomático e invitados, que abarrotaban la sala.

El amplio salón estaba decorado con el escudo real español, destacando en el sitio, orlado con la enseña tricolor francesa.

«Vuestra presencia, señor, vuestra amable presencia, señora, nos aportan una viva alegría, porque, en primer lugar, renuevan una tradición secular, intimamente vinculada a la historia de nuestras dos naciones.»

Con estas palabras, Bernard Lafay, presidente del Consejo Municipal de París, dio la bienvenida en nombre del pueblo parisiense a los Reyes de España.

«Nosotros sabemos, señor—dijo entre otras cosas—, que vuestra preocupación es la de hacer participar a todo vuestro pueblo en los frutos de este progreso, desarrollar su bienestar social, material y humano, asegurar a toda la nación ese clima de solidaridad y concordia cívica que responde a vuestros designios políticos, tan generosos y clarividentes. ¿Cómo Francia no iba a ser sensible? ¿Cómo Europa no se alegraría del retorno de España, vanguardia del viejo continente, a su vocación europea? Ya que es en el marco de Europa que se inscriben, para el presente y el futuro, los destinos de nuestras dos patrias, cualesquiera que sean las dificultades y las dudas de esta marcha hacia la unidad.»

Concluyó el presidente del Consejo Municipal de París, dirigiéndose al Rey Don Juan Carlos y manifestando: «Señor, encarnáis la tradición y el progreso, el orden y la libertad, la unidad y la diversidad, en circunstancias históricas que constituyen una etapa difícil y exaltante en la evolución de vuestro reino. Es de todo corazón que os deseo que las felices realizaciones de vuestro reino respondan a vuestras esperanzas y a vuestra fe para la felicidad y la prosperidad de todos los españoles.»

El Rey de España pronunció estas palabras a continuación:

«La Reina y yo apreciamos en todo lo que vale la acogida que hemos encontrado en la ciudad de París y por parte de su Consejo Municipal.

Fue precisamente el hijo de una reina española, Blanca de Castilla, cuyo sello guardáis aquí, quien fundó la primera institución municipal de París. En esa vitrina de la Historia que conserváis celosamente, he podido también contemplar emocionado el documento que contiene el testamento de mi antepasado Luis XIV.

Nos hallamos aquí, verdaderamente, en el corazón de la capital. Muy cerca se elevan la Santa Capilla y Nuestra Señora, el Barrio Latino y la Sorbona. Y más próximos aún, los archivos nacionales velan sobre documentos que son irremplazables testimonios de la historia de Francia.

Ese pasado de París debe ser, para quienes dirigen su conservación y su transformación, particularmente fecundo. En él encontraréis la inspiración para "la nueva manera de concebir la ciudad", recientemente descrita por el presidente de la República: "un marco de vida a la dimensión del hombre..., propicio al desarrollo de la comunicación social".

Si aquí encontramos la esencia de París, París es a su vez la esencia de Francia. Vuestro gran país ha sido el crisol donde se forjó la cultura europea, que a través de Francia llegó a España, del mismo modo que fue a través de Francia como las aportaciones culturales de España enriquecieron a Europa. Mi país, que no puede ser sino europeo, y que siempre lo fue, se siente en condiciones de contribuir a la creación de la nueva Europa, rica en sus diversidades y fortalecida por su unidad.

La ruta hacia ese puerto de salvación de una Europa firme y armoniosamente unida no se recorrerá sin pena ni dificultades, pero pensamos que, como en el lema del escudo de vuestra ciudad, podríamos decir de esa Europa: *Fluctuat nec mergitur.*»

El Rey de España inició la segunda jornada de su visita oficial a Francia con una visita al centro de investigación y desarrollo de la «Thomson-CSF», una de las primeras empresas electrónicas y técnicas de punta de Europa. Multinacional francesa, «Thomson-CSF» fue fundada en 1893 en Estados Unidos, pero desde comienzos del siglo xx se convirtió en empresa francesa con sede en París y diversas ramificaciones en el mundo entero; 105.000 personas trabajan en el grupo con una cifra de negocios de seis mil millones de francos anuales y 50 por 100 de sus actividades en el extranjero.

El Rey de España llegó por la tarde a la Escuela Militar, en compañía del presidente francés, Valery Giscard d'Estaing; el ministro de Defensa francés, Yvon Bourges, y el general Mery, jefe del Estado Mayor de los Ejércitos.

El director del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, general Etcheverry, dio la bienvenida a los dos estadistas, subrayando la importancia de la visita del Monarca español a un centro de tan alta tradición castrense.

Don Juan Carlos I, en respuesta al saludo del general Etcheverry, pronunció un discurso, manifestando «un gran honor por esta visita a la vieja Escuela Militar, centro en donde se han formado ilustres hijos de Francia».

Elogió la calidad del profesorado del centro y resaltó cómo «en estas aulas trabajaron personalidades tan influyentes en el pensamiento militar y político como el mariscal Foch o el general De Gaulle».

«Francia y España —añadió— se forjaron al filo de la espada, y la influencia recíproca a través de la historia de sus ejércitos ha sido beneficiosa para nuestros grandes países.»

Puso de manifiesto asimismo el Soberano español, cómo los militares tienen como «norma ese gran lema de la patria y el honor», y agregó que «en esta escuela han sabido recoger y formar a muchos militares distinguidos de otros países que aquí aprendieron a conocer y a amar a Francia.»

«Este entendimiento —acentuó el Rey de España— es beneficioso para el mundo. El militar quiere la paz y comprende fácilmente al soldado de otros países. Lo entiende porque habla el mismo lenguaje. El lenguaje de la disciplina, de la lealtad y del honor.»

Concluyó Juan Carlos I haciendo notar que «la activa cooperación que realizan unidades francesas y españolas de los tres ejércitos trae beneficios a nuestras unidades. He asistido a varios ejercicios y sigo muy de cerca estos trabajos. Al saludar en vosotros al pensamiento militar francés, que tanta gloria ha dado a su pueblo, expreso mi satisfacción por encontrarme en esta escuela y hago votos por el éxito de la creciente cooperación entre nuestros dos Ejércitos para gloria de las dos naciones.»

Tras el nutrido aplauso con que fueron acogidas las palabras del Monarca, los Reyes fueron avanzando por el centro hasta donde aguardaba un pasillo de honor formado por la Guardia Republicana en uniforme de gala.

Tras una corta visita al salón Jean-Paul Laurens, donde permanecían expuestos para los ilustres visitantes el testamento de Luis XIV y diversos documentos históricos, los Reyes de España y su séquito fueron acompañados al comedor por sus anfitriones. Un poco antes de su entrada en el comedor del hotel de Lauzun tuvo lugar la entrega de regalos de la ciudad de París a los Monarcas, acto que presentó el mismo presidente del Consejo, Bernard Lafay, quien donó a la Reina Sofía un cofre de joyas de sodalita, rematado de una corona real en oro.

El Rey Don Juan Carlos, por su parte, hizo entrega a Lafay de una obra de 1740 que recoge las fiestas que tuvieron lugar en París con motivo de la boda de Luisa Elisabeth de Francia y el infante don Felipe, los días 29 y 30 de agosto de 1739.

Al almuerzo ofrecido por la ciudad de París en honor de los Reyes de España asistieron 46 invitados.

Tuvo lugar en el palacio de Lauzun, situado en la isla de San Luis, centro histórico de la ciudad.

La galería arqueológica del atrio de Nôtre Dame de París fue abierta hoy, por primera vez, con ocasión de la visita que la Reina Doña Sofía de España realizó, acompañada por la señora Françoise Giroud, secretaria de Estado para la Cultura.

La Reina de España y la secretaria de Estado visitaron, acompañadas de un guía, las galerías subterráneas, en donde se encuentran restos de las fundaciones de una ciudad romana, de la ocupación gala y del período merovingio.

El Rey de España, Juan Carlos I, pronunció un brindis en la cena que él y la Reina Sofía ofrecieron en la Embajada de España en París al Presidente de la República Francesa y señora de Giscard d'Estaing.

Empezó el Rey su discurso en castellano y lo terminó en francés, como gesto de deferencia por los invitados españoles y franceses que asistían a la cena.

El texto completo del brindis es el siguiente:

«Señor presidente:

Es para la Reina y para mí motivo de gran satisfacción el recibir hoy en esta Embajada de España al presidente de la República Francesa y a su distinguida esposa.

Esta casa, que honráis con vuestra presencia, despierta en mí, señor presidente, hondos sentimientos, ya que el Rey Alfonso XIII, mi abuelo, la hizo adquirir para España. En ella se albergó numerosas veces en sus desplazamientos a vuestra capital. La Embajada poco ha variado y el ambiente que en ella impera es, hoy como ayer, de franca amistad hacia el país que nos acoge.

Quisiera decir ahora, hablando vuestra propia lengua, que España sigue con atención los acontecimientos de Francia, país que un pensador español llamó "patria de la libertad, hermana de la firmeza, maestra de la vida dichosa". Se puede construir una sociedad sólida sobre el triple principio de la libertad, el trabajo y la calidad de la vida.

Quisiera también expresarle el interés que me inspira el desarrollo de la enseñanza, la protección y la difusión de nuestras dos lenguas en nuestros dos países, como el medio más eficaz y más noble de apretar nuestros lazos y ampliar la base cultural de nuestros pueblos. A tal respecto, me complace felicitar a los hispanistas franceses, que figuran entre los más numerosos y los más importantes de hispanismo en el mundo actual, gracias a la obra que realizan.

Permitame, señor presidente, que desde esta isla de España en el centro de la isla de Francia formule, en mi nombre y en el de la Reina, mis votos por las relaciones de nuestros dos países. Levanto mi vaso por vuestra felicidad personal y la prosperidad presente y futura del pueblo francés.»

La visita del Rey Juan Carlos I a París debe «poner fin a una anomalía, restablecer una situación normal entre dos grandes países vecinos, latinos y amigos».

Con esta amistosa referencia el presidente de la República francesa, Valéry Giscard d'Estaing, respondió al caluroso saludo que el soberano español le había dirigido.

Giscard d'Estaing consideró que la visita de los Monarcas españoles será útil, porque sirve para renovar una tradición interrumpida, «en el sentido de que hace más de cincuenta años que ningún jefe de Estado español venía a Francia y sesenta y tres que un presidente de la República Francesa no visita España».

Además expresó su esperanza de que la visita «haya sido agradable, pues el pueblo francés ha demostrado su simpatía y manifestado la voluntad de un estrechamiento de los contactos».

29 octubre.—ENTREVISTA DEL REY Y EL PRESIDENTE GISCARD.—El Rey Don Juan Carlos de España llegó al palacio presidencial del Elíseo a las dieciocho cuarenta para mantener su segunda entrevista con el presidente francés, Valery Giscard d'Estaing.

La conversación a solas entre el presidente de la República Francesa y el Rey de España, iniciada a las dieciocho cuarenta, fue ampliada a los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países.

El portavoz del Elíseo, Jean Philippe Lecat, precisó al término de la entrevista que los ministros Marcelino Oreja y Louis de Guiringaud se sumaron a las conversaciones con objeto de «tratar de un cierto número de cuestiones que interesan a España y Francia».

En total, la segunda entrevista ampliada duró cerca de tres horas y ambos estadistas decidieron prolongar las conversaciones a solas en una cena de trabajo en el palacio del Elíseo.

El portavoz oficial francés indicó que los temas evocados durante la segunda ronda de conversaciones fueron los ya previstos: cuestiones bilaterales, especialmente económicas, problemas internacionales, centrados en los temas europeos y mediterráneos, y las relaciones entre los dos países con el Tercer Mundo.

Comentó el portavoz de la Presidencia de la República que la atmósfera de la visita oficial que concluye esta noche es «excepcionalmente buena».

«La opinión pública francesa —añadió Lecat— se ha movilizado totalmente de manera favorable en torno a este viaje», y citó el ejemplo de la prensa conocida por sus juicios y que dedica especial atención y simpatía a «este reencuentro hispano-francés». Preciso que ello constituye un éxito, después de períodos de dificultades, hoy prácticamente subsanadas. Subrayó el portavoz la atmósfera especialmente cálida y acogedora de la opinión pública francesa a la visita de Juan Carlos de España.

Indicó Lecat que de estas entrevistas no cabía esperar acuerdos concretos, dada la estructura constitucional de ambos países y de sus respectivos jefes de Estado. Corresponderá posteriormente a los ministros de ambos Gobiernos la negociación y conclusión de acuerdos concretos.

La visita del Rey español a Francia constituye, a juicio de Valery Giscard d'Estaing, un nuevo punto de partida en las relaciones entre España y Francia, insistió Philippe Lecat.

A preguntas de los periodistas, el portavoz de la presidencia francesa observó que Francia apoya las iniciativas de España para su incorporación a la Comunidad Europea. Si bien el primer mandatario galo no emite juicio alguno sobre los problemas internos españoles, observa con interés la obra iniciada por el Rey Don Juan Carlos y desea que continúe y sea coronada por el éxito.

Esta posición, explicó Lecat, está inspirada por el respeto al pueblo español soberano y a nuestra propia doctrina. En cuanto a los temas militares, el portavoz del Elíseo dijo que el presidente Giscard d'Estaing había explicado a su huésped la política de defensa seguida por Francia, que, a su juicio, debe interesar a España.

LOS REYES REGRESAN A MADRID.—Los Reyes de España llegaron, minutos antes de la medianoche, al aeropuerto de Barajas procedentes de París.

Realizaron el vuelo en un avión *Mystère* de la Subsecretaría de Aviación Civil, y fueron recibidos al pie de la escalerilla por los miembros del Consejo de Regencia, presidente del Gobierno y ministro del Aire.

Seguidamente Sus Majestades los Reyes saludaron a los vicepresidentes y miembros del Gabinete en pleno, que aguardaban su llegada junto a la sala de honor del aeropuerto de Madrid.

A continuación, Don Juan Carlos y Doña Sofía saludaron igualmente a los presidentes de altos organismos, autoridades militares y primeras autoridades madrileñas. Inmediatamente después se dirigieron al salón de honor del aeropuerto, siendo objeto durante el trayecto de cálidas ovaciones por parte del numeroso público que llenaba las terrazas del aeropuerto, pese a la desapacible temperatura de la noche.

Después de conversar durante diez minutos con las autoridades que esperaban su llegada, Don Juan Carlos y Doña Sofía se dirigieron al *Mercedes* de la Casa Real, que les trasladaría inmediatamente a su residencia oficial del Palacio de la Zarzuela.

En el avión en que llegaron Sus Majestades los Reyes de España lo hicieron igualmente el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja Aguirre; el jefe de la Casa Real, marqués de Mondéjar, y el primer introductor de Embajadores.

Tres minutos después de la arribada del avión real, lo hizo también otro *Mystère*, en el que viajaban personalidades del séquito que han acompañado a Sus Majestades durante su primer viaje oficial a Francia.

En el aeropuerto de Orly, los Monarcas habían llegado a las veintiuna cuarenta y cinco acompañados del primer ministro, Raymond Barre, y del ministro español de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja. Tras despedir a las personalidades reunidas en el salón de honor del aeropuerto, don Juan Carlos mantuvo un último contacto durante unos minutos con el primer ministro francés en una salita privada.

Después de escuchar los himnos en la explanada, el Rey de España pasó revista a una unidad de la Guardia Republicana que formaba en uniforme de gala con banda de música.

Posteriormente los Reyes subieron al *Mystère 20* de la Subsecretaría de Aviación Civil española y despegaron a las veintidós tres.

8 noviembre.—ENTREVISTA OREJA-LARAKI.—Los titulares de Asuntos Exteriores de España y Marruecos, señores Oreja Aguirre y Laraki, celebraron, por espacio de hora y media, un desayuno de trabajo en el palacio de Viana, en el curso del cual se han analizado temas de interés común en la política exterior de ambos países, según han informado a Pyresa fuentes de la Oficina de Información Diplomática.

Ahmed Laraki llegó el domingo al aeropuerto de Barajas procedente de Rabat, en tránsito hacia Nueva York, para asistir a la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Aun cuando la información obtenida en fuentes diplomáticas españolas en relación al tema de las conversaciones Laraki-Oreja no es muy concreta y el ministro de Asuntos Exteriores marroquí no ha querido hacer ninguna declaración al respecto, se piensa que España ha reiterado su postura de que todas sus responsabilidades sobre el Sahara concluyeron hace unos meses, cuando se retiró de aquel territorio. Igualmente ambos ministros

habrán hablado de las relaciones hispano-marroquíes en materia pesquera, tema sobre el que, en la práctica, no se llega a un acuerdo definitivo.

A la una de la tarde salió de Barajas con destino a Nueva York el ministro de Asuntos Exteriores de Marruecos, señor Ahmed Laraki. El ministro marroquí se negó a hacer declaraciones a los periodistas, justificando que su visita a España era una escala de tipo técnico. Fue despedido en el aeropuerto por el embajador de Rabat en Madrid, señor Filali, y por el segundo jefe de Protocolo del Ministerio español de Asuntos Exteriores.

9. noviembre.—LLEGA A MADRID EL MINISTRO BELGA DE ASUNTOS EXTERIORES.—El ministro belga de Asuntos Exteriores, Renaat Van Elslande, llegó a las ocho y media de la tarde al aeropuerto de Barajas, en avión especial, procedente de Lisboa, en visita oficial de tres días a nuestro país.

Esta es la primera visita oficial que realiza a España un ministro belga de Asuntos Exteriores.

En el aeropuerto madrileño fue recibido por su colega español, don Marcelino Oreja Aguirre; primer introductor de embajadores, señor Pan de Soraluce; embajador de Bélgica en Madrid y otros altos cargos de la Embajada y del Ministerio español de Asuntos Exteriores.

El ministro belga será recibido durante su estancia en Madrid por el Rey de España, Don Juan Carlos, y por el presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez González. Asimismo celebrará reuniones de trabajo con el señor Oreja Aguirre.

El señor Van Elslande partió, inmediatamente después de su llegada al aeropuerto, con dirección a Madrid. Por la noche asistió a una cena ofrecida en su honor, en el palacio de Viana, por el ministro español de Asuntos Exteriores.

11 noviembre.—DECLARACIONES DE VAN ELSLANDE.—«El tema previo para la integración de España en la Comunidad Económica Europea es el cambio político», manifestó, en el transcurso de una rueda de prensa, el ministro de Asuntos Exteriores belga, señor Van Elslande, poco antes de la salida del aeropuerto de Barajas con destino a Bruselas.

El señor Van Elslande, que dio por finalizada su estancia en Madrid tras dos días en los que se entrevistó con varios miembros del Gobierno y de la oposición española, llegó a las diez y media de la mañana a la sala de autoridades del aeropuerto, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja, y el embajador belga acreditado en nuestro país.

Respondiendo a la primera pregunta que le fue formulada, el titular de Exteriores belga afirmó que la evolución política por la que atraviesa España interesa a las democracias occidentales. A continuación dijo que «lamentaba no haber podido mantener conversaciones con la totalidad de representantes de la Administración y de los grupos políticos, aunque dichos contactos le habian servido para sacar impresiones de la situación actual».

Interrogado sobre el juicio que le merecía el ritmo del Gabinete Suárez a la hora de acometer la reforma, Van Elslande declaró explícitamente que su respuesta era positiva, pero que no quería ser más explícito para no incurrir en el defecto de injerencia en problemas internos (volvería a disculparse en dos ocasiones más por el mismo motivo).

Sobre las relaciones España-Mercado Común, el ministro belga declaró que «era claro que el tema ha sido abordado en mis conversaciones con dirigentes españoles», asegurando que el cambio político era previo al económico para el ingreso de España en la CEE. «Durante mi visita he tratado de obtener información sobre la situación presente y futura», dijo concretamente.

Asimismo respondió que, de cualquier forma, este viaje no influiría decisivamente en la entrada de España en la Comunidad, aunque, «como es habitual, informaré a los Nueve de lo que he visto aquí, procurando ser objetivo». Acerca de las posibilidades reales de España sobre esta cuestión, el señor Van Elslande dijo que tenía esperanzas. «¿Qué clase de esperanzas?», se le preguntó. «Sólidas», contestó sonriendo el ministro belga.

Por su parte, el señor Oreja, ministro de Exteriores español, resumió en breves palabras el contenido de la visita de su colega belga en los siguientes términos: «Hemos intercambiado puntos de vista, tanto en torno a nuestros asuntos bilaterales como multilaterales de la política internacional. La reunión de la Comisión mixta hispano-belga abordó el tema de las relaciones Este-Oeste, la preparación de la Conferencia de Belgrado, que se celebrará en 1977, y la distensión Norte-Sur. Otros asuntos estudiados fueron el Mediterráneo, el Mercado Común, naturalmente, y la Alianza Atlántica. Se han tocado las negociaciones que mantenemos en estos momentos con los países miembros de la Comunidad Económica Europea—continuó el ministro—para la ampliación del acuerdo de 1970, y le hice ver la preocupación del Gobierno español a consecuencia de la ampliación, por parte de la Comunidad, de las aguas territoriales a doscientas millas.»

18 noviembre.—ONU: CONSENSO SOBRE GIBRALTAR.—La IV Comisión aprobó formalmente el proyecto de consenso sobre Gibraltar, que había sido circulado el miércoles y que pasa ahora a consideración de la Asamblea General de la ONU.

La resolución, que refleja un consenso entre las partes y que, al no manifestarse oposición alguna, fue aprobada sin votación, toma nota de las conversaciones, «que aún continúan», entre España y Gran Bretaña sobre la cuestión de Gibraltar.

También urge a ambos Gobiernos para que «hagan posible, sin dilación y en función de las actuales circunstancias», el inicio de las negociaciones de acuerdo con el consenso aprobado por la Asamblea General el 14 de diciembre de 1973, con objeto «de llegar a una solución permanente del problema de Gibraltar».

20 noviembre.—EL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES, EN CANADA. El ministro de Asuntos Exteriores, don Marcelino Oreja Aguirre, salió de Madrid con destino a Canadá.

Don Marcelino Oreja llegará el domingo 21 a Montreal, donde ofrecerá una recepción a la colonia española allí residente. En su visita a Canadá el señor Oreja se entrevistará con su colega canadiense, así como con los ministros de Pesca, Industria y Comercio y Expansión Económica Regional. Es posible que el ministro español se entreviste con el primer ministro canadiense, Pierre Trudeau, aunque eso depende de su regreso de un viaje del exterior.

El señor Oreja Aguirre tratará en su visita al Canadá de asuntos de política internacional y de dos temas bilaterales: pesca y cooperación nuclear, e intercambios comerciales, hasta el momento fuertemente deficitarios para España.

Por otra parte, el ministro español asistirá a un «turno de interpelaciones» en el Parlamento canadiense, en donde se someterá a las preguntas de los parlamentarios, según informa Europa Press.

El ministro regresará a Madrid el día 24, a primera hora, y enlazará directamente con el avión que le lleve a Lisboa, acompañando al presidente Suárez en su visita a Portugal.

22 noviembre.—ACTIVIDADES DEL SEÑOR OREJA.—Problemas pesqueros y económicos, y sus implicaciones en las relaciones entre España y Canadá, fueron discutidos a fondo en prolongada entrevista entre el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Marcelino Oreja Aguirre, y el de Pesquerías y Medio Ambiente del Canadá, Romé Leblanc.

El ministro español, que inició una visita oficial al Canadá de dos días de duración, trató con su colega canadiense de las asignaciones pesqueras de la organización internacional ICNAF y del desarrollo del acuerdo del pasado julio.

Oreja Aguirre expuso también, en las entrevistas, las necesidades pesqueras españolas actuales.

De las relaciones de ambos países con el Mercado Común Europeo se habló también largamente, así como de la posición y actitudes de ambos Gobiernos ante la Conferencia sobre Derecho del Mar.

La entrevista, según fuentes allegadas a ambos ministros, ha sido muy cordial y consultiva.

Anteriormente, don Marcelino Oreja había iniciado su visita oficial acudiendo al Parlamento canadiense, donde los líderes de ambas Cámaras, la señora Renaude Lepint (Senado) y el señor James Jerome (de los Comunes), le dieron una explicación del sistema parlamentario canadiense.

Los líderes de ambas Cámaras se interesaron vivamente a su vez por la significación y los alcances de la Ley de Reforma Política, recientemente aprobada por las Cortes Españolas.

A mediodía, el secretario parlamentario para Asuntos Exteriores del Canadá, Fernand Leblanc, ofreció un almuerzo al ministro español y a su séquito, con asistencia de las más destacadas figuras de la capital.

Durante el almuerzo ofrecido al señor Oreja por el Parlamento canadiense, el ministro español de Asuntos Exteriores pronunció el siguiente discurso:

«Señores Parlamentarios:

Quiero antes que nada agradecerles profunda y sinceramente la ocasión que ustedes me deparan, en este cordial almuerzo, para exponerles los rasgos fundamentales de la España de la Monarquía y para analizar los cambios experimentados por mi país en el año transcurrido desde el 20 de noviembre de 1975. Análisis que forzosamente habrá de incluir una proyección del futuro inmediato.

Debo decir ante todo que me produce gran satisfacción el encontrarme rodeado de parlamentarios canadienses. Con algunos de ustedes ya tuve ocasión de intercambiar puntos de vista con ocasión de la Conferencia de la Unión Interparlamentaria celebrada en Madrid el pasado mes de septiembre.

Ahora ese intercambio puede tener lugar en vuestra misma tierra canadiense y en la misma sede de vuestro sistema representativo. La hospitalidad que me brindáis gustosamente me obliga y me compromete, y es mi intención el que estas breves palabras que voy a pronunciar sirvan simplemente de introducción a vuestras preguntas y a vuestras reflexiones. Contestaré a unas con detalle y sinceridad y aceptaré las otras con el respeto y la atención que me merecen vuestros puntos de vista.

Señores Parlamentarios, sabéis de sobra que España está atravesando por un momento decisivo de su historia y está poniendo las primeras piedras, y creo que de manera altamente satisfactoria, de una democracia representativa. Tras la aprobación por las Cortes españolas del texto sobre la reforma política, aprobación que acaba de producirse en estos últimos días, la implantación de la democracia en España constituye un proceso que ya puede ser calificado de irreversible.

El principio básico en que se ha inspirado el Gobierno desde su primera declaración programática ha sido devolver al pueblo su soberanía. Para ello se han instrumentado los mecanismos indispensables que perfilan una democracia moderna: sufragio universal directo y secreto, instituciones parlamentarias, división de poderes, canalización de las fuerzas políticas a través de los partidos, respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, adecuada distribución de la riqueza nacional.

La Ley sobre la reforma política que ahora ha sido aprobada por las Cortes prevé la elección de un Parlamento bicameral por sufragio universal directo y secreto y un programa de consultas populares que incluye un referéndum y unas elecciones generales. Estas últimas, fase final del proceso de cambio, deberán ser celebradas antes de finales del mes de junio de 1977, y probablemente tengan lugar bastante antes. El referéndum se celebrará dentro de pocas semanas, antes de finalizar el año 1976, y buscará el refrendo popular para la transformación de orden constitucional que supone la introducción del sufragio universal directo y secreto en la vida política del país. Anteriormente las Cortes habían aprobado la correspondiente reforma del Código penal para permitir la legalización de los partidos políticos, legalización ya presente en la aprobación de una Ley de partidos políticos que fue aprobada por las Cortes en junio de este año. En agosto, el Rey, a instancias del Gobierno, promulgó la amnistía para todos los delitos políticos o de opinión, medida acompañada de las disposiciones administrativas destinadas para favorecer el regreso de los exiliados. A finales de septiembre, con ocasión de mi visita a Nueva York para asistir a la Asamblea General de la ONU, firmé los pactos de 1966 sobre los derechos humanos, complementando con ello la voluntad del Gobierno español para adecuar nuestra legislación vigente a las exigencias de respeto y eficaz puesta en práctica de los derechos humanos y de las libertades fundamentales. En plazo inmediato, las Cortes habrán de debatir el proyecto de Ley sobre la libertad sindical que el Gobierno les ha enviado, y que supone la libertad de afiliación y de creación de sindicatos.

Ese es, a grandes rasgos y de manera muy breve, el esquema de medidas ya adoptadas o a punto de serlo para la transformación constitucional del esquema político español. Esta transformación se produce en una determinada situación cultural, social y económica de la que los principales rasgos son los siguientes:

Desde el punto de vista social y generacional, la España de hoy es notablemente más fluida en sus relaciones sociales de la existente en la década de los cuarenta, de los cincuenta o incluso de los sesenta. La España actual está formada por una pirámide de población en la cual casi el 70 por 100 de sus componentes tienen menos de cuarenta años, y para los cuales, en consecuencia, la guerra civil y el sistema de valores que la hizo posible era cuando menos un dato de necesaria superación y cuando más, un recuerdo histórico.

Desde el punto de vista institucional, no es posible olvidar el papel jugado por las fuerzas armadas y por la Iglesia. El Ejército debe constituir la salvaguardia y el control de la estructura constitucional querida y aprobada por la población. Como tantos otros sectores de la sociedad española el Ejército constituye también, dentro de su unidad básica y esencial, un cuerpo plural y en transformación que no se opone al proceso de cambio y de reforma, pero que mantiene una actitud vigilante en cumplimiento de la fundamental misión que le ha sido encomendada.

La Iglesia, que sigue teniendo en España una trascendencia sociológica de imposible olvido, forma en el momento actual un conjunto decididamente favorable al proceso de transformación y reforma. El acuerdo recientemente firmado con el Vaticano para la revisión del Concordato vigente es un importante paso para la estabilización de unas relaciones que en el pasado inmediato conocieron ciertas tensiones. Dicha estabilización habrá de tener también sus repercusiones en el esfuerzo interior y en la influencia social que la Iglesia pueda ejercer.

En cuanto a las fuerzas políticas reales que existen en la sociedad española, puede decirse hoy que están comenzando a superar el grado de atomización que produjo la prolongada ausencia de un ritmo político normal y previsiblemente ofrecerán al país en el momento de las elecciones alternativas encargadas en cuatro o cinco grandes agrupaciones políticas que jugarán un papel predominante en el futuro del país. El Gobierno es consciente de ese panorama y consciente de que la consulta electoral del próximo año, para ser satisfactoria, deberá contar con la aquiescencia básica de los principales grupos políticos. Ello tiene una especial trascendencia para la regulación de la mecánica electoral, que más que probablemente será negociada desde el poder con esos grupos políticos. De momento, y en la misma Ley de reforma constitucional, está previsto que el sistema para la elección de los representantes en la Cámara baja sea hecha por el sistema proporcional, de manera que se salvaguarden los intereses de los medianos y pequeños partidos, si bien existen los correctivos indispensables para evitar la atomización de la Cámara. El Senado será elegido sobre la base del sistema mayoritario.

Desde el punto de vista económico, España conoce en la actualidad las dificultades que prácticamente a todo el mundo afectó como consecuencia de la crisis de 1973. Para conseguir llevar a buen puerto el proceso de transformación constitucional, es necesario contar con un mínimo de mantenimiento del orden y con la paz social y económica. El Gobierno está convencido de la necesidad del establecimiento de un pacto social con todas las fuerzas económicas y laborales para que el tránsito hacia la democracia pueda ser facilitado por una situación que al menos no agrave las dificultades económicas.

Por último, y en este breve esquema de situación, debe ser señalada la problemática regional. Los sentimientos particularistas de ciertas regiones españolas siguen hoy muy vivos, y para el Gobierno tarea fundamental es encontrar una solución equilibrada que, bajo las fórmulas políticas o administrativas que se estimen más convenientes, respetar las peculiaridades regionales sin alterar la unidad fundamental de España. No obstante, el proceso de institucionalización de las regiones no habrá de ser abordado hasta la instalación plena del sistema democrático.

Esta es a grandes trazos la España que se va perfilando. Mi exposición ha sido necesariamente breve porque quería hacer de ella una introducción al diálogo. Señores Parlamentarios me tienen ustedes a su disposición para responder a las preguntas, escuchar las observaciones o aportar las precisiones que ustedes necesiten. Y gracias de nuevo por haberme dado la oportunidad de dirigirme a ustedes en este país tan próximo y tan lejano y en este edificio lleno de resonancias liberales y democráticas.»

«Mi objetivo principal va a ser el intento de llevar a cabo negociaciones con el Canadá a fin de salvaguardar, en lo posible, los intereses de los pesqueros españoles, una vez que el límite de las doscientas millas sea impuesto», ha declarado a Radio Nacional de España el ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja Aguirre, que actualmente visita a Canadá.

Con respecto al tema de ampliación de aguas jurisdiccionales canadienses a 200 millas, que empezará a regir a partir de 1 de enero de 1977, el señor Oreja manifestó su confianza en la buena disposición de las autoridades canadienses «para encontrar fórmulas que puedan satisfacer las exigencias de los españoles y para comprender sus derechos históricos y las razones de su larga presencia en estas aguas».

24 noviembre.—EL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, EN LISBOA.—Por primera vez en veintisiete años un presidente del Gobierno español visita oficialmente Portugal. Con diez minutos de retraso, Adolfo Suárez descendía de la escalerilla de un avión *Mystère*, acompañado de Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores, tras pasar revista a una compañía de la Guardia Nacional Republicana, con «banda y fanfarra» —al estilo portugués—, el primer ministro, Mario Soares, y el ministro de Negocios Extranjeros, Medeiros Ferreira, acompañaron a sus colegas españoles al palacio de San Bento, donde se celebra la primera ronda de conversaciones.

Al tiempo que se realizaba en San Bento la entrevista Soares-Suárez, Marcelino Oreja intercambiaba puntos de vista con Medeiros Ferreira.

En el transcurso de la recepción en honor del presidente del Gobierno español, éste ha tenido la oportunidad de conocer a las principales figuras del proceso portugués. Políticos como Freitas do Amaral (presidente del CDS, el tercer partido más votado del país), Sa Carneiro (dirigente del Partido Social Demócrata)...

ENTREVISTA CON RAMALHO EANES.—En un ambiente de «gran cordialidad», el presidente de la República Portuguesa, general Ramalho Eanes, y el presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, conversaron durante media hora en el Palacio de Belem, residencia oficial del primero.

A las 16,30, hora de España, Adolfo Suárez llegó a Palacio acompañado

del ministro de Negocios Extranjeros portugués, el embajador de España en Lisboa y altas personalidades de su séquito.

Ramalho Eanes recibió al presidente español en la sala Luis XV, momento que aprovecharon los reporteros gráficos para captar la excelente disposición que mostraban ambos gobernantes.

COMUNICADO CONJUNTO.—«La existencia de una amplia zona de entendimiento» y «la vocación europea de Portugal y España» son las dos primeras características que, según el comunicado oficial, han marcado el encuentro entre los jefes de Gobierno de España y Portugal. De esta forma, en términos globales, Adolfo Suárez se llevará de Lisboa una carta más de crédito para su política de reformas. En el curso de esta jornada de negociaciones, efectivamente, «se han intercambiado impresiones sobre el proceso político de los respectivos países». Es decir, de una España que inicia el camino hacia la democracia y un Portugal que sale de un período de dos años y medio transformadores, pero agitados. Dos procesos que, a pesar de guardar profundas diferencias, pueden contribuir al mejor entendimiento.

El comunicado oficial observa a continuación el tema de las indemnizaciones, tanto por lo que se refiere a los bienes del Estado español (destruidos con el incendio y quemá de la Cancillería y Embajada, respectivamente) como en los relativos a los ciudadanos afectados, bien por las nacionalizaciones como por las expropiaciones. Así se dice que «ha quedado patente el deseo de ambos Gobiernos de solucionar en el más breve plazo las situaciones que han afectado a intereses españoles en Portugal».

En el discurso pronunciado por el primer ministro portugués, en la cena ofrecida en honor de don Adolfo Suárez, Mario Soares dijo, al comenzar, que saludaba con gran satisfacción al presidente del Gobierno español con ocasión de su primera visita a Portugal. Portugal es un país vecino y amigo de España, que acaba de ver con satisfacción el proceso de institucionalización de la democracia y el establecimiento de un Gobierno representativo. No quiero, añadió, dejar de subrayar que a esta situación política, interna corresponde una orientación de política externa amplia y dinámica, que se basa en un principio de no injerencia en los asuntos de otros Estados y el respeto a la independencia y soberanía de los pueblos y de sus valores fundamentales.

Añadió que Europa, y el mundo en general, asisten con gran atención a la evolución de la situación política española, que recientemente ha dado un decisivo paso, con el Gobierno del señor Suárez, en el camino de la democracia. Dados los lazos históricos tan profundos y la vecindad tan llena de potencialidades con España, Portugal no deja de acompañar con especial interés el proceso político del país hermano y desearle el éxito correspondiente a los intereses y voluntad del pueblo español.

Portugal y España son dos naciones antiguas que dieron una contribución decisiva para el progreso de la Historia mundial. Es con orgullo como nuestros pueblos pueden hoy evocar este pasado, que no dejará de darles las lecciones necesarias para el futuro. Este pasado del que nos enorgullecemos nos enseña también que los pueblos de Portugal y España tienen intereses comunes y están ligados por lazos que van mucho más allá de las afinidades de los regímenes políticos vigentes en cada uno de los dos países.

Las conversaciones celebradas hoy revelan una larga base de coincidencias entre nosotros, añadió el señor Soares.

Propugnamos descubrir nuevas formas de preservar y desarrollar estos lazos y asegurar su plena expansión, lo que no cuadra, en nuestra opinión, con un marco institucional fijado por el predominio de factores ideológicos, como sería aquel que se basara en la perpetuación de un pacto entre los dos países semejante a aquel que ha estado en vigor durante las últimas décadas. Por vía diplomática podemos definir un cuadro institucional adecuado a nuestra problemática actual cara a Europa. Con realismo, porque pensamos que, en materia de política externa —y sabemos que esta idea es compartida por el Gobierno presidido por el señor Suárez—, es preciso que encontremos la forma de corresponder a los intereses de los pueblos y a descubrir las fórmulas que permitan que accidentes en su curso no puedan afectar ni interrumpir la colaboración entre las dos naciones ibéricas.

Dijo más adelante el señor Soares que su Gobierno ha expresado ya su convicción de que nuestros países tienen mucho que decir en la construcción de una Europa unida, fuerte y democrática. Las relaciones que vamos a mantener con los otros Estados europeos no dejarán de reflejar en el futuro esa opción nuestra, y esperamos, si éste es el deseo del pueblo español, ir a su encuentro en el cuadro de esta Europa.

Terminó levantando su copa para brindar por los Reyes de España, por los pueblos de Portugal y España y por la amistad entre los dos países.

CENA EN HONOR DEL SEÑOR SUAREZ.—En el transcurso de la cena ofrecida por el primer ministro de Portugal, Mario Soares, el presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, pronunció las siguientes palabras:

«Señor primer ministro:

Quiero, ante todo, expresarle mi sincero agradecimiento por la amistosa acogida que me ha dispensado en esta visita oficial a Portugal, que realizo como presidente del Gobierno de Su Majestad el Rey de España. Portugal y España han realizado empresas de proyección universal y han contribuido de forma incalculable a la cultura y a la historia de nuestra civilización.

Quizá nadie mejor en Europa que España y Portugal para conocer y afirmar las responsabilidades del Viejo Continente en relación con aquellas naciones que en todo el mundo, y particularmente en América, recibieron el influjo cultural ibérico y participan en nuestros modos de vida y en nuestras convicciones. España y Portugal supieron hacer el milagro de hermanar las dos orillas del Atlántico. Sin embargo, Portugal y España no pueden ni quieren vivir hoy de recuerdos: son países jóvenes, con voluntad de futuro y afanados en el perfeccionamiento de una sociedad en la que imperen libertad y justicia, prosperidad y paz. Eso determina que nuestros afanes de trabajo se encaminen hacia el presente. En este sentido he podido comprobar que exige una fundamental coincidencia en la política de nuestros Gobiernos. Es la coincidencia que nace de la voluntad de reafirmar la común cualidad de europeos y nuestras posibilidades e incorporación y participación activa en las instituciones políticas y económicas de Europa.

Creemos que la aportación de nuestros pueblos a la construcción de una Europa unida puede ser valiosa. Si tenemos la credencial de nuestra historia, tenemos, sobre todo, la condición de que Europa necesita de todos sus

miembros para llevar adelante sus empresas de paz, de entendimiento, de colaboración y ayuda a todos los pueblos de la Tierra. En este contexto europeo, nuestras relaciones deberán cimentarse sobre un nuevo talante de lo concreto y lo directo, huyendo de la retórica y de lo abstracto.

Nosotros sabemos, señor primer ministro, que la amistad es un sentimiento profundo que ni se corrige ni se revisa, pero que debemos hacerlo operativo. Desde España comprendemos perfectamente la necesidad de entendimiento que impone la vecindad, pues nada de lo que acontece en cualquiera de los dos países nos puede ser ajeno, y así hemos contemplado con especial y constante atención e interés la evolución política de vuestro país. Estamos, por ello, decididos a hacer que fructifique la fraternidad peninsular en manifestaciones mutuamente beneficiosas. Hoy tengo motivos para asegurar que encontraremos los cauces necesarios y los instrumentos jurídicos adecuados a este fin. España vive un momento político de indudable trascendencia en su historia. Está empeñada en un proceso acelerado para construir una sociedad democrática más justa, políticamente estable y socialmente avanzada, dentro del orden de valores de una moderna democracia pluralista.

Las relaciones hispano-portuguesas tienen hoy en el horizonte de lo concreto a que me refería un nombre muy preciso: cooperación. En este campo se nos abre un amplio horizonte, que abarca todos los órdenes de nuestras relaciones bilaterales y multilaterales, desde la economía y la tecnología a la cultura, pasando por la defensa común. Todo ello con la mirada puesta en una estrecha colaboración con todos los países del continente.

Existen problemas comunes, indudablemente, pero he podido comprobar personalmente (aunque no abrigaba la menor duda de ello) vuestra buena voluntad y la de vuestro Gobierno para resolverlos de forma conjunta. Partiendo del mantenimiento escrupuloso de los principios de respeto mutuo y no injerencia podremos hacerlo, y podremos, sobre todo, lanzarnos a una vía fecunda en nuestras relaciones. La no injerencia tiene la vertiente positiva de conducir a la buena vecindad y ésta, a su vez, a la cooperación internacional. Puede contar, señor primer ministro, con que el Gobierno que presido está animado de tal espíritu y voluntad.

Deseo, finalmente, señor primer ministro, hacerle patente el afecto que siento por el pueblo y la nación portuguesa Su Majestad el Rey de España, que de forma tan íntima se encuentra vinculado a Portugal. Ese afecto es compartido por todos mis compatriotas. Como presidente del Gobierno de Su Majestad, tengo el honor de transmitirlo, con mis mejores deseos de prosperidad para este noble pueblo, para el señor presidente de la República y para vuestra excelencia.»

RUEDA DE PRENSA CONJUNTA SUAREZ-SOARES.—«Jurídicamente, el Pacto Ibérico existe», reconoció el presidente del Gobierno español a la pregunta de si alguna de las partes lo había denunciado en el curso de las conversaciones que sostuvieron en Lisboa los jefes de Gobierno de España y Portugal.

El Pacto Ibérico continuará en plena vigencia hasta el año 1980 si ninguno de los dos países formula una denuncia.

El jefe del Gobierno español reveló en el transcurso de la conferencia

de prensa que ambos gobernantes concedieron, al término de la estancia de Suárez en Lisboa, que en el futuro «un tratado de cooperación sin confrontaciones ideológicas suplirá al actual Pacto».

El presidente español respondió a varias preguntas relacionadas con la situación política en España, y recordó que en las próximas elecciones generales su Gobierno desea «la participación del espectro lo más amplio posible de las opciones políticas».

En relación con la amnistía de presos políticos, Suárez se limitó a reiterar la diferenciación entre delitos políticos y actos terroristas. «Los acusados por acciones de responsabilidad política ya fueron liberados; por otra parte, los actos terroristas difícilmente pueden ser calificados como políticos.»

Por su parte, Mario Soares aludió en varias ocasiones a la capacidad de su colega español, y tuvo interés en señalar que «no hubo injerencias en los asuntos internos del otro país».

En torno al próximo Congreso del Partido Socialista Obrero Español, Mario Soares reconoció haber sido invitado para la primera convocatoria, pero manifestó desconocer «dónde y cuándo se celebrará definitivamente».

En este mismo sentido, Adolfo Suárez advirtió que «al PSOE le será aplicada la legalidad vigente, sin ninguna clase de prejuicios». Insistió Suárez que dicho tema no había sido abordado en el curso de las conversaciones «por razones obvias». «Soares es un gran estadista y no lo aceptaría de ninguna manera.»

En cuanto a la actitud que podría tomar el PSOE frente a un boicot al referéndum por parte de dicho partido, Adolfo Suárez remitió la pregunta a los responsables del mismo. «La actitud que adopten corresponderá a su criterio, por otra parte muy respetable.»

Sobre otros temas relacionados con la participación de los dos países en áreas internacionales, Mario Soares rechazó la presunta competencia entre España y Portugal para su ingreso en el Mercado Común. «No estamos en ninguna competición», dijo el primer ministro portugués.

Soares calificó de «disparatada» la pregunta de un periodista portugués sorprendido por el entusiasmo con que Soares presentó a su homólogo español derivado de un presunto espaldarazo de la Internacional Socialista al actual proceso político español. El líder socialista portugués rechazó de plano cualquier relación de los contactos gubernamentales con la actividad partidaria.

COMUNICADO CONJUNTO.—Al término de la visita del presidente del Gobierno español, don Adolfo Suárez, quien ha permanecido en Lisboa invitado por el primer ministro de Portugal, ambos jefes de Gobierno han hecho público el siguiente comunicado conjunto:

«A invitación del primer ministro de Portugal, doctor Mario Soares, el presidente del Gobierno español, don Adolfo Suárez, ha efectuado una visita oficial a Lisboa el día 24 de noviembre de 1976. El señor Suárez fue recibido por el presidente de la República, general Ramalho Eanes.

Las conversaciones entre ambos jefes de Gobierno han puesto de manifiesto la existencia de una amplia zona de entendimiento, y han reafirmado la vocación europea de Portugal y España, así como los especiales lazos que les unen a los países de Iberoamérica.

En el curso de la misma se han intercambiado impresiones sobre el proceso político de los respectivos países.

Ha quedado, asimismo, patente el deseo de ambos Gobiernos de solucionar, en el más breve plazo, las situaciones que han afectado a intereses españoles en Portugal.

Los jefes de Gobierno han acordado promover eficazmente la cooperación bilateral en diversos sectores de sus relaciones, y muy especialmente en el comercial, cultural, técnico, turístico y en el del medio ambiente.

Asimismo, han esbozado las líneas generales que pudieran informar un futuro acuerdo de amistad y cooperación que sirva de marco a las relaciones entre los dos países, e inspirado en los principios de buena vecindad, respeto mutuo, cooperación y no injerencia en los asuntos internos.

Paralelamente a las conversaciones mantenidas por los jefes de Gobierno, los ministros de Asuntos Exteriores de Portugal, doctor José Madeiros Ferreira, y de España, don Marcelino Oreja, mantuvieron conversaciones sobre diversos temas de política internacional y de interés bilateral.

A este respecto, los ministros de Asuntos Exteriores constataron los resultados positivos de los trabajos de las comisiones mixtas recientemente reunidas, acordando se incrementen las tareas de estas comisiones, particularmente en los terrenos económico, cultural, científico y tecnológico, así como en el de la cooperación para el estudio conjunto del aprovechamiento de las diversas fuentes de energía en las zonas fronterizas.

Los jefes de Gobierno han estimado conveniente que sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores mantengan consultas regulares.

El presidente del Gobierno español ha extendido al primer ministro portugués una invitación para visitar oficialmente España. El doctor Mario Soares, aceptó con viva satisfacción. La fecha de la visita será fijada ulteriormente.

Tanto la audiencia con el presidente de la República como las conversaciones entre los jefes de Gobierno y los ministros de Asuntos Exteriores han transcurrido en un clima de gran cordialidad y mutua comprensión, reflejo de las relaciones de amistad existentes entre ambos pueblos de la península Ibérica.»

REGRESO DEL PRESIDENTE SUAREZ.—El presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez González, llegó a las dos de la madrugada al aeropuerto de Barajas, procedente de Lisboa, después de finalizar su segundo viaje al extranjero como jefe del Gobierno.

El señor Suárez, que había salido de Madrid a las diez de la mañana, hizo el viaje a bordo de un avión *Mystère* de la Subsecretaría de Aviación Civil.

28 noviembre.—LLEGA A MADRID EL PRESIDENTE DE VENEZUELA.—El presidente de Venezuela y su esposa, Blanca Rodríguez, llegaron en visita no oficial a nuestro país a las cinco de la tarde, siendo recibidos en Barajas por Sus Majestades los Reyes y los presidentes del Gobierno y de las Cortes, y cumplimentados por la totalidad de los miembros del Gabinete en el salón de honor del mismo aeropuerto.

Tras la llegada, el señor Andrés Pérez y su esposa y los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía se trasladaron en automóvil al monumento de Isabel

la Católica, en el paseo de la Castellana, donde el primer mandatario venezolano hizo una ofrenda floral. Seguidamente, don Carlos Andrés Pérez se dirigió a la Embajada de su país, en compañía del titular de la misma, don Santiago Ochoa Briceño. En todo momento gran número de público congregado en los alrededores le dispensó un cordial recibimiento.

Instantes después el presidente de Venezuela colocó una corona de flores en el monumento dedicado a Simón Bolívar, en el Parque del Oeste, rodeado de cientos de compatriotas, congregados allí especialmente para asistir al acto.

A las ocho menos veinte de la tarde llegó al Palacio de la Zarzuela, acompañado de don Adolfo Suárez y de don Marcelino Oreja, así como del titular de Exteriores venezolano, el ministro de Producción Básica y el presidente del Instituto de Comercio Exterior. Don Juan Carlos conversó en una entrevista privada con el señor Andrés Pérez, mientras que en un salón contiguo lo hacían los ministros venezolanos con sus colegas españoles de Comercio, Industria y Obras Públicas.

Sobre las nueve y media de la noche, Sus Majestades los Reyes ofrecieron una cena de gala en el Palacio Real al presidente venezolano y a su esposa. Asistieron, además de las personalidades citadas a lo largo del recorrido por la capital, el presidente del Tribunal Supremo español. En el transcurso del banquete Don Juan Carlos pronunció un discurso en el que, tras dar la bienvenida a sus invitados («nada de lo que encontraréis aquí os resulta ajeno»), dijo que ambos países, por encima de las exigencias del momento, habían vivido momentos añorantes.

Recordó a continuación Don Juan Carlos el «entrañable encuentro de Caracas» y manifestó que «en los tiempos que corren una comunidad de naciones hispánicas unidas y libres ha de constituir un factor constructivo y de serenidad en el concierto internacional». «Es el gran reto—dijo el Rey en otro pasaje de su alocución—que ha de proponer metas capaces de mover el entusiasmo de nuestros conciudadanos y galvanizar su esfuerzo.» Y concluyó: «Os invito también a que prosigamos en el plano bilateral los pasos ya iniciados, tan prometedores para nuestros intercambios en todos los órdenes y para el progresivo estrechamiento de unos lazos que deseamos ejemplares.»

Por su parte, don Carlos Andrés Pérez contestó al discurso de Don Juan Carlos en los siguientes términos: «Majestad, España y Latinoamérica han vuelto a reencontrarse. Latinoamericanos, no negamos y sí exaltamos nuestra raíz y nuestra sangre española. Nos sentimos parte del pueblo español. No pretendemos—puntualizó el presidente venezolano—intervenir en sus asuntos internos al expresar nuestra solidaridad frente a esa apertura hacia la plena democracia, que va a darle a España la fortaleza necesaria para adentrarse en el corazón de su Europa y adoptar decisiones que interpretarán seguramente los anhelos más hondos del pueblo latinoamericano y del Tercer Mundo en general.»

Después de recordar el difícil camino hacia la libertad de las naciones sudamericanas, hizo hincapié en el hecho de que «nuestra propia revolución de independencia fue una etapa nutrida en los ejemplos de la propia España». «Ahora—recalcó el señor Pérez—se nos abre sin recelos la posibilidad para un entendimiento entre América y España. Esto explica mi presencia

aquí, solidaria y entusiasta, frente a la nueva España. Su país nos formó con su ejemplo de tolerancia étnica, no discriminatoria, que dio base a la más fecunda de las posiciones para propiciar el mestizaje del que nos enorgullecemos.»

Para terminar su saludo, el presidente venezolano repitió las palabras pronunciadas en el Panteón Nacional, ante la tumba de Simón Bolívar, en octubre pasado: «Una España democrática hará posible esta grandeza, y no cabe duda de que sólo dentro de la democracia y de la libertad podrá crecer, arraigarse e influir la asociación de nuestros pueblos, porque es la única que nos conduce a vivir mejor y con justicia.»

29 noviembre.—DECLARACIONES DEL PRESIDENTE DE VENEZUELA.— El presidente Carlos Andrés Pérez apareció en la sala de prensa del palacete poco después de las nueve y cuarto de la mañana. Tras un breve parlamento, en el que subrayó la importancia de su periplo por el Viejo Continente (el primero que realiza un presidente venezolano), destacando de esta manera «la nueva realidad de las relaciones internacionales», señaló que le había asombrado la clara presencia de España en el ánimo de las naciones visitadas (Inglaterra, Italia y la URSS). «En todo el mundo —recalcó— existe expectación y simpatía por la transformación de la nueva España. Particularmente me siento afectuosamente vinculado a su país.»

Inmediatamente después se sometió a las preguntas que le fueron formuladas. Respondiendo a la primera declaró que «esta visita al Rey y al Gobierno españoles reanuda el diálogo entre nuestras dos naciones. Las dos partes conocemos con certeza los campos en los que nos podemos mover». Especificando sobre las reuniones mantenidas por él mismo, como presidente, y por los ministros que le acompañaban con sus homónimos españoles, el señor Andrés Pérez dijo que la tecnología de nuestro país suponía un mercado preferencial para Venezuela. Y que en las entrevistas sostenidas se habían abordado también los temas de los astilleros, ferrocarriles y el petróleo. Destacó, finalmente, sobre este punto que «vamos a vincular también nuestro mercado monetario, uno de los más sólidos del mundo, a España, pues confiamos en su economía. No comprendemos cómo puede hablarse de crisis económica en su país, en el que la confianza política es asimismo notable, pues el pueblo ve clara su ruta hacia la democracia».

El presidente venezolano hizo hincapié a continuación en el plan de becas acordado por su Gobierno, mediante el cual más de 10.000 estudiantes vendrán a España a completar estudios de formación profesional y universitarios.

Carlos Andrés Pérez, contestando a otra cuestión que le fue planteada, manifestó que había invitado a Don Juan Carlos a visitar de nuevo el próximo año Venezuela, en conmemoración del bicentenario de la fundación de la Capitanía General de su país por Carlos III. «Sin embargo —prosiguió—, aún no hemos recibido respuesta de Su Majestad.»

Acto seguido el turno de preguntas derivó hacia la posición del país sudamericano, como miembro destacado de la OPEP, en relación a una inmediata subida del precio del crudo. El presidente aseguró que la posición de su Gabinete no era la del revanchismo frente a los monopolios de las naciones industrializadas, sino tan sólo la de asegurar una relación equilibrada

del poder adquisitivo del producto. «Es casi seguro—recalcó—que en la próxima reunión de la Organización suba la tarifa del barril, pero será una decisión responsable, no encaminada a dañar las economías occidentales. De cualquier forma, estamos a la expectativa de los resultados de la Conferencia Norte-Sur de París. Si allí hay acuerdo entre los Estados suministradores de materias primas y los de bienes de capital nos sacrificaremos en bien del equilibrio.»

Respecto a las conversaciones mantenidas con miembros de la oposición española, Carlos Andrés Pérez afirmó que lo había hecho con Felipe González y con Tierno Galván porque «la socialdemocracia española es nuestra tendencia política. Con estas personas me he informado sobre el proceso político de su país, que tanto nos interesa». Acerca de su presencia en la Conferencia Socialista de Ginebra declaró que su discurso había sido, por una parte, fraternal, pero, por otra, duro, por el egoísmo de la CEE respecto a Sudamérica. «Abogué—aclará el presidente venezolano—por un planteamiento tercermundista. Europa debe, en este sentido, rectificar.»

Sobre la pretendida comunidad hispanoparlante en gestación, Carlos Andrés Pérez dijo que el proyecto no tenía nada de retórico al pretender que España fuera el portavoz ante Europa de esta aspiración, pues «América Latina interesa al Mercado Común, al ser un mercado cuatro veces superior al del Japón y dos tercios al de USA».

SALIDA DE MADRID DEL PRESIDENTE VENEZOLANO.—Concluida la rueda de prensa, el presidente venezolano, acompañado de su esposa y de los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, y de los ministros de Exteriores de ambos países, tomaban los helicópteros que habían de conducirles al aeropuerto de Barajas. Eran las diez y veinte de la mañana.

Diez minutos más tarde llegaban con sus respectivos séquitos a la pista del aeropuerto, donde les esperaban el presidente del Gobierno, don Adolfo Suárez; el de las Cortes, don Torcuato Fernández Miranda, y el titular del Aire, teniente general Franco Iribarnegaray. Tras saludar a las personalidades, el presidente venezolano y su esposa pasaron un instante al salón de honor de la terminal, para regresar otra vez a la pista, desde donde escucharon los himnos nacionales de los dos países. El señor Andrés Pérez y el Rey revistaron a continuación la 11 escuadrilla de la Primera Región Aérea, que les rindió honores.

Por fin, los Reyes acompañaron al presidente y a su esposa a las escaleras del aparato de Viasa, en el que emprendieron vuelo hacia Lisboa, a las once menos diez de la mañana.